

mixtecas y de los *zapotecas*. Á estos les atribuye Humboldt las construcciones de Mixtla.

»Los *mecas*, al decir del precitado Humboldt son oriundos de los chichimecos.

»Los *tabascos* y *tarascos* viven en Michoacan y otros Estados de Méjico.

»Los *tarakumara* en Sierra Madre de 24° á 30° de latitud Norte.

»Los *yaguís* en Sonora y Sinaloa.

»Portoda la frontera septentrional de Méjico hacen incesantes correrías los *pinas*, los *comanches*, las *navajos*, los *apaches* y otras diversas tribus; nunca bien sometidos por los españoles, ni por los mejicanos, ni por los soldados de los Estados Unidos que los han perseguido sin cesar desde que se unieron á estos Estados los antiguos territorios mejicanos de Téjas, Nuevo Méjico, Arizona y California.

»Los apaches, que son los más feroces, han hecho imposible durante mucho tiempo la explotación de los terrenos auríferos y argentíferos de Arizona y Nuevo Méjico. Refugiándose unas veces en sierras inaccesibles, salvando otras la línea fronteriza, burlaban siempre la persecucion, lo mismo cuando eran hostigados por las tropas de los Estados Unidos que cuando los perseguian los batallones de Méjico. Recientemente se ha concluido un tratado, segun el cual los soldados de las dos repúblicas pueden pasar la frontera siempre que lo ejecuten en persecucion de los apaches, dando cuenta en el acto á las autoridades más próximas de la nación invadida.

En la misma región hay tribus pacíficas y sedentarias que viven dedicadas á la agricultura, como los *zunis*, los *moquies* y otros, enemigos todos de los *navajos* y de los *apaches* que los persiguen con sus depredaciones.

III.

LOS APACHES Y OTROS PUEBLOS FRONTERIZOS DEL NORTE DE MÉJICO, COSTUMBRES, TERRITORIOS, ETC.—LAS RAZAS PRIMITIVAS DE LAS TIERRAS DEL PACÍFICO.

Son tal vez los apaches los indios bravos, más indómitos de toda América; no son tan valientes, pero sí más feroces, y mucho más crueles que los araucanos.

»De un trabajo etnográfico de M. E. Reclus, tomamos el siguiente capítulo referente á los apaches, su territorio, sus costumbres, sus ideas y su rápida desaparición.

«Dice así:

El nombre de apaches es el nombre genérico que se da á diversas tribus indias de América del Norte, entre las cuales comprende M. Bancroft los *comanches*, los *navajos*, los *mojaves*, los *hualapais*, los *yumas*, los *yampas*, etc., que se subdividen en una multitud de hordas, y por fin los apaches, llamados propiamente tales por que se han dado ellos mismos el nombre de hombres de las selvas. Recorren, más bien que habitan, el vasto territorio, de límites indeterminados que, desde las orillas del Gran Lago Salado al Norte, desciende hácia Chihuahua al Sur, y se extiende de California y de Sonora al Oeste, hasta Téjas y Nuevo Méjico al Este. Este territorio se halla surcado por el Rio Grande, que desemboca en el Atlántico, y por el Rio Grande y el rio Gila, que desaguan en el Pacífico. Es una región pedregosa, elevada de 700 á 1,000 metros sobre el nivel del mar, cortada por capas de lava, *zanjas* ó *cañones* de 1,000 piés de profundidad y poco más

ó ménos de anchura, que las aguas han desgastado. Sobre las mesetas se levantan picos separados, muy escarpados, excesivamente frios en invierno, llenos en su mayor parte de bosques, que sirven de refugio á los hombres y á los animales. Durante diez meses cae, sobre las rocas y sobre las arenas, un sol abrasador. Entrada la noche, se deja sentir un frio intenso. Los violentos cambios de temperatura provocan vientos que levantan torbellinos de irritante polvo alcalino. Las lluvias caen en cataratas dos veces al año, durante quince dias en Abril, y seis semanas de Octubre á Noviembre, y poco tiempo despues comienzan á florecer los intersticios de las rocas y las depresiones del terreno. Los carneros salvajes, los ciervos, los antílopes salen de sus guaridas, y detras aparecen luego el perro salvaje, el oso, el lobo-hiena y el apache, temible así para los hombres como para los animales.

El apache es un animal feroz muy hermoso. Es preciso distinguir, sin embargo, dos clases. Existe el apache granívoro ó mejor omnívoro y el apache propiamente llamado tal es carnívoro ánte todo. Los primeros, tales como los navajos, los mojaves, los comanches, que toman una alimentación bastante variada, gracias á su naciente agricultura, tienen generalmente una estatura de seis piés. Las hembras tienen tambien buena estatura y bellas formas. El pecho y los brazos son vigorosamente musculosos, las extremidades finas, de facciones generalmente agradables, ojos grandes, de un negro brillante, singular expresión y de un poder visual verdaderamente extraordinario. La cara es bastante larga. Todas las expresadas cualidades les dan un soberbio conjunto. Su color toma todos los matices, desde el moreno claro hasta el más oscuro y aún hasta el de ladrillo rojo. Los cabellos son negros, con la notable circuns-

tancia de que la barba está bien poblada. Se les cita frecuentemente como la más hermosa muestra de la especie humana.

Con relación á los verdaderos apaches no se puede decir otro tanto. Se está de acuerdo en describirlos como horriblemente feos, de semblante impenetrable, facciones rugosas y marchitas, cara plana, pómulos salientes, boca anchamente hendidada, lábios finos, ojos ligeramente oblícuos, cuya expresión vidriosa recuerda la del perro salvaje, siendo mucho ménos brillantes que los de la mayor parte de los indios del Norte. Sus cabellos de un negro mate, no peinados jamas, caen sobre las espaldas como una abundante madeja de seda. En el resto del cuerpo están casi desprovistos de pelo. Al lado de sus vecinos parecen raquíticos. El término medio de su estatura es el de cinco piés y cinco pulgadas (entre metros 1'60 y 1'80).

El grueso de su piel basta para hacerlos poco sensibles á las acciones del frío y del calor. Van y vienen bajo los rayos del sol más ardiente sin la menor protección; pero cuando tienen tiempo para cuidarse, preservan la cabeza bajo un casquete de barro. Para librarse de insectos suelen embadurnarse todo el cuerpo. Se permiten generalmente el lujo de llevar unos zapatos que usan los indios y se visten ridículamente, no por higiene ni por pudor, segun pretende M. Schmitz, sino por vanidad y coquetería; los hombres por ostentar algun trofeo de muerte ó de rapiña, y las muchachas jóvenes, por hacerse valer por un cintajo de color, por unas enaguas de corteza, por un vellon cuya lana han suavizado cuidadosamente, frotándola con el tuétano dulce que se encuentra en lo alto del tronco de ciertas palmeras. Algunas se hacen picaduras en la barba; pero el adorno más aristocrático consiste en embadurnarse de colores muy chillones.

Sea por la suciedad que les caracteriza, sea porque no se alimentan más que de carne, y principalmente de la de caballo, de asno y de mulo, estos apaches, que nos recuerdan los hipófagos del Solutré, cuyos huesos se han encontrado mezclados con los de cincuenta ó cien mil caballos (1), estos apaches, repetimos, exhalan un olor tan penetrante, que los caballos, y sobre todo los mulos huyen desde el momento en que lo sienten (2).

En el rigor del invierno se refugian en cavernas; pero no se encuentran á gusto sino al aire libre. Se sienten como oprimidos debajo de un techo, como encerrados entre muros. No gozan realmente de la vida, sino en sus incesantes expediciones. Cuando las noches son demasiado frías, cuando el viento es demasiado glacial, se acurrucan en cualquier agujero para poder dormir algunas horas.

El apache no repugna nada que se pueda comer. Aprovecha las diferentes clases de bellota, frutas, bayas, bulbos y raíces. Recoge algunas habas y calabazas silvestres que crecen espontáneamente. Suele hacer también algunos agujeros en la tierra, donde pone granos de maíz; pero su alimentación es principalmente animal. Todo para él es caza, el gamo, el ciervo, el carnero salvaje, la codorniz, la ardilla, las ratas, los ratones, los gusanos y aún las serpientes. Nada de delicadezas. Sólo se aprecia la calidad cuando la cantidad abunda y, en este caso, nuestros salvajes se llenan hasta la garganta, engullendo y tragando los pedazos más enormes. Su desgracia es que no pueden celebrar con frecuencia tales banquetes, porque no abunda la *caza*, ántes al contrario, su estado natural es miserable.

La corta duración de la primavera va seguida de un prolongado y abrasador

verano. Bien pronto se secan las yerbas, los herbívoros mueren y desaparecen los carnívoros. El apache soporta estoicamente el hambre, pero el hambre cuando se prolonga es el precursor de la muerte. Cuando un país proporciona alimentos á sus habitantes, es indispensable que estos vayan á buscarlos á otra parte. El clima, la naturaleza misma del suelo transforma en nómadas, en cazadores y en ladrones á los apaches del continente americano, como á los beduinos y á los kurdos del continente asiático, situado poco más ó ménos á la misma latitud. Hacen sus excursiones montados en caballos muy ligeros, en grupos de tres ó cuatro. Rara vez pasan de una docena, porque les es preciso vivir de lo que se encuentren por los caminos. Atraviesan enormes distancias para procurarse cualquier miserable alimento, y se consideran felices cuando encuentran un poco de yerba donde haya langostas, algún lagarto, ó ave cualquiera. Entre tanto, mascan su pedazo de tasajo ó carne seca al sol. Ayunan sobre todo hasta que la casualidad les dirige hácia alguna ranchería aislada ó sobre alguna cuadrilla de viajeros, ménos fuerte que la suya. No la atacan de frente sino cuando les es imposible hacer otra cosa ó cuando su superioridad es manifiesta. Mientras tengan la menor duda se esconden, se emboscan durante días enteros detras de los árboles y de las rocas, y cuando creen llegado el momento oportuno se arrojan sobre su presa, matando á los hombres, llevándose algunas veces las mujeres para hacerlas sus esclavas, y los niños por pedir algún rescate ó convertirlos en apaches; pero ántes que todo se apoderan de los caballos y de las mulas, que acosan con ahinco. Ántes de que puedan ser perseguidos, huyen por el laberinto de gargantas de aquellos desiertos de arena hirviente, que son verdaderos lagos de fuego, «travesías de muerte,»

(1) *Boletín de la Sociedad de Antropología* 1871, pág. 648.

(2) *Boletín de la Sociedad de Geografía*, serie V, num. 36, pág. 187

jornadas de la muerte, como dicen los mejicanos. El americano Pumpelly cuenta que viajando á través de aquellas terribles regiones, fué tan grande su fatiga, que durante algunos días se vió atacado de un acceso de locura. Los apaches se encuentran como en su casa en medio de aquellos desiertos y de aquellas montañas; doblan y triplican sus marchas; acribillados de golpes y de heridas, derrenegados, y fatigados, los animales capturados caen aspirantes ante la guarida de las lobas y lobeznos de rostro humano que los acogen con grandes alaridos.

Cuenta M. Schmitz que, ávidos, ansiosos, y aguzando sus dientes, no esperan que los animales estén muertos. Se arrojan sobre ellos y los devoran vivos. Unos cortan, otros á fuerza de brazo arrancan los miembros y los despedazan, sin más cuidado por los sufrimientos del animal que el que tiene un civilizado cuando se sorbe una ostra rociada con unas gotas de limon y sin creerse más crueles que un cocinero cuando desuella una anguila que se retuerce bajo sus uñas. Cuando los primeros accesos de glotonería están satisfechos, suelen poner en las ascuas algunos pedazos de carne que se tragan humeante entre cruda y carbonizada. Las entrañas de la bestia son el manjar más exquisito, forman el *plato* de honor.

Estos festines del hambre que se sacia, fiestas supremas de miserables que con tanta frecuencia corren el riesgo de perecer de inanición, debieron ser el origen de los misterios dionisiacos, en los cuales los iniciados y las iniciadas se arrojan sobre el cabrito simbólico, mordan en crudo sus miembros temblorosos, hunden sus manos llenas de sangre en las vísceras desgarradas y se disputaban el corazón para devorarlo palpitante aún.

Entre los comedores de carne cruda y los caníbales, no hay gran diferencia. También los apaches han sido acusados

de antropófagos. El hecho no está bien comprobado. M. Schmitz, que nada les perdona, cuenta que interrogados sobre este particular, respondieron que los Puntalís, una tribu de indios más al Norte, no eran buenos para comer, porque tenían la carne muy salada.

En materia de armas están muy atrasados. Apenas conocen el fusil, que está muy léjos de haber sustituido á la lanza y á las flechas, aguzadas con pedazos de madera de obsidiana ó lava dura, cobre nativo, y á veces hierro ó una especie de bronce duro mal definido por los viajeros.

Sus relaciones sexuales difieren al decir de varios autores. Si hemos de creer á Bancroft, los apaches propiamente dichos, se distinguen de sus vecinos más civilizados por la castidad que imponen á sus mujeres ántes y después del matrimonio. El marido no puede repudiar á su mujer por mero capricho, ni hacerse reembolsar el precio que ha pagado por ella. La mujer tampoco puede abandonar á su marido; pero cuando el hombre que ella ha abandonado considera que ha recibido una afrenta que no pueda lavarse más que con sangre, mata al primero que se le presenta. Por otra parte, M. Schmitz consigna que los apaches no conocen el matrimonio, que las uniones son facultativas y que en ciertos casos la promiscuidad es general. Pueden muy bien no ser inconciliables las dos opiniones. También, según Schmitz, no es del todo absoluta la comunidad de mujeres. El jefe de banda, á la vuelta de una expedición de merodeo, tiene el derecho de adjudicarse como ópimo despojo una de las cautivas. Si él la pone un trapo en los cabellos, es la parte del capitán y nadie la tocará, si este no lo permite. Si quiere tomarla por mujer la quebrará una flecha en la cabeza. Desde este momento cesa de ser una persona para trocarse en una cosa del vendedor. Por este hecho se cree en la insti-

tución del matrimonio, cuyo origen es aún muy oscuro. El matrimonio es esencialmente un acto de captura, decía MacLennan, un acto de acaparamiento, decía por su parte Bachofen. Á esta primera apropiación seguirán todas las demas; porque no es de ninguna manera la propiedad la que procede de la familia, como lo afirman á priori los teóricos, sino, muy al contrario, la familia deriva de la propiedad.

Las mujeres apaches, al decir de M. Schmitz, pierden muy temprano la facultad de tener hijos. ¿Á qué edad? Resulta harto difícil precisarlo, toda vez que apenas saben lo que es un año y no se inquietan nada en el cuento del número de ellos.

Bancroft hace notar, con referencia á sus vecinos los indios de California, que los partos son muy fáciles, lo que se explica por el hecho de que en tales regiones existe para el animal humano como para las fieras de los bosques, un período favorable á la unión de los dos sexos. El intervalo de un embarazo á otro es generalmente de tres años, no durando ménos la lactancia. El niño queda todavía con su madre hasta que coge por sí mismo algunas frutas, ó atrapa él solo alguna rata. Despues de esta proeza, va y viene por donde mejor le place, libre é independiente, dueño de todos sus derechos civiles y políticos, y bien poco despues se pierde entre la masa general de la horda.

En un estado social tan primitivo no hay al menor lugar para los ruines. Los fuertes no tienen bastante para ellos, ¿cómo embarazarse con los débiles? Sin embargo, algunos estropeados de contiendas anteriores consiguen mantenerse algun tiempo. Siguen como pueden las expediciones, pero tanto peor para ellos si no llegan á tiempo de tener su parte en la rapiña. Los rezagados que se sien-

ten con las fuerzas agotadas no tienen otro remedio que morir. Algunas veces, compañeros más robustos, tal vez sus hijos, les prestan el servicio de despacharlos de un lanzazo ó de un golpe de maza. Algunos encuentran refugio entre sus vecinos, que, ménos miserables, suelen ser por lo comun más compasivos. «Sucede, dice Schmitz, pero raras veces, que se entristezcan con motivo de alguna muerte. No hay ceremonias fúnebres más que para los notables y alguna que otra vez para sus mujeres. El cadáver empaquetado en pedazos de cuero se lleva á una colina y se entierra en la vertiente expuesta al sol.» Los apaches no creen que los muertos pasen á otra vida. No tienen la noción de un gran Espíritu, como la mayor parte de los indios. Otras historias nos dicen, por el contrario, que esos salvajes creen en un Dios, poseen algunas leyendas y conservan la tradición de un diluvio; que tienen por sagradas las águilas, los buhos y todos los pájaros blancos; que veneran los osos, cuya carne, lo mismo que la del cerdo, no quieren comer nunca.

Las relaciones de los viajeros respecto á su religión difieren á menudo. Se explica fácilmente que M. Schmitz, que no parece haber juzgado con indulgencia á estos salvajes, no haya distinguido entre las prácticas religiosas de que ha podido ser testigo, y los simples absurdos. Puede suceder tambien que la religión, en la vida de los apaches, no tenga más que una importancia de escasa consideración. El salvaje, por otra parte, es muy reservado en todas estas materias, y los viajeros niegan imperturbablemente todo aquello de que no han oido hablar.

Algunos misioneros españoles intentaron convertir á los apaches; pero debieron renunciar á ello por la razón que hacía fracasar tentativas análogas cerca de los tasmanios, cuando existían. Su ense-

ñanza se dirigía á inteligencias demasiado limitadas y desprovistas aún de la facultad de abstracción que una prolongada cultura ha desenvuelto entre nosotros. Se comprende fácilmente el embarazo que experimentará un misionero honrado tratando de exponer la doctrina de la resurrección, en una lengua en la que la idea del alma no tiene otro equivalente que la palabra «tripa», si se considera, que para hacer comprender á esos salvajes que tienen un «alma inmortal,» se ve obligado á explicarles que encierran en el vientre una tripa que no se puede nunca.

Algunos misioneros católicos, segun se asegura, consiguieron enseñarles á contar hasta el número diez; pero no han podido inculcarles el dogma de la Trinidad. ¿Cómo los reverendos padres habían de traducir, en una lengua en que no existe el verbo *ser*, la famosa definición del Señor Dios «yo soy quien soy?»

Por otra parte los apaches, hablan muy poco y prefieren expresarse por gestos. Su lengua abunda en sonidos guturales y les impone ciertos castañeteos de dientes que les impiden hablar en alta voz. Consignemos de paso que los apaches no tienen ninguna fórmula de saludo, ni cuando se encuentran, ni cuando se separan.

La moralidad se mide por el desenvolvimiento de la inteligencia. No se puede pues extrañar de encontrarla aquí reducida á tan ínfimos rudimentos. Los apaches no viven más que de rapiñas, sus merodeos se complican con el rapto y la muerte, y sus combates son ménos luchas que asesinatos.

Se les trata de solapados y pérfidos, calificaciones que les halagarían; pero protestando contra la de cobardes, que tanto se les prodiga. El valor como la cobardía no son hechos de un orden simple. Hay ciertos actos de cobardía

que envuelven otros de valor. Sin duda los apaches no atacan á nadie si no se creen los más fuertes; no gustan por lo tanto de la lucha épica; prefieren llamar al enemigo á una emboscada ó arrojarle sobre él por detrás, manera recomendada en la estrategia de alta escuela y practicada por todos los animales de rapiña. Cuando la caza se oculta, es preciso tambien que el cazador se esconda. Los apaches son francamente crueles, y si no tienen la costumbre de arrancar la piel del cráneo de sus enemigos vencidos, se deleitan en torturar á sus infelices prisioneros; pero saben tambien soportar perfectamente idénticos suplicios.

Como individuo no se puede estar ménos mortificado que el apache por ninguna especie de gobierno. No tiene responsabilidad ante nadie. Solamente en los casos de una grande expedición se reúnen bajo el mando de un jefe, cuya superioridad personal se impone á todos y cuya autoridad concluye con la empresa. Toda sociedad presupone el funcionamiento más ó menos regulado de los dos principios opuestos, la libertad individual y la solidaridad colectiva; temible problema, preñado de revoluciones, del cual las soluciones sucesivas corresponden á las grandes fases históricas.

Como manifestación la más elevada de la vida pública en esos desiertos, nos describe Schmitz una fiesta de la luna nueva, de la que no ofrece sino el lado grotesco pero que quizá tenga su significación religiosa.

Llegada la noche, nuestras gentes encienden hogueras en diversos puntos. La mayor parte de las tribus indias, si no todas, tienen más ó ménos desarrollada la religión del fuego. Se proveen de cierta bebida embriagadora extraída del *capto*. Este detalle tiene su importancia, porque el emborracharse es para el bárbaro un acto esencialmente religioso. Tendidos ó

acurrucados, como mejor les place, esperan en el mayor silencio la aparición del astro de la noche. Al principio todos gimotean á coro, imitando los aullidos del perro salvaje que husmea el cuerpo de algun animal muerto ó corrompido. La ilusión es completa, y bandas de perros salvajes responden á lo léjos. Luego las voces se enardecen y estallan en ladridos. Parece una jauría ladrando á la luna, como lo viene á ser en realidad. En seguida imitan el rugido gruñidor del lobo-hiena y sucesivamente la jaculatoria de los principales conocidos del mundo animal. Por intervalos tiene lugar una pausa y se establece repentinamente el silencio para oír los rebuznos ruidosos y prolongados del asno, que no á todos hace sonreír, porque la risa implica cierta cultura intelectual. De escena en escena, de acto en acto y de trago en trago, los gritos van siendo más desordenados y la representación degenera en un escandaloso alboroto que no concluye hasta por la mañana.

En resumen, la sociedad apache no supera apenas un grado á la de los lobos. Se puede preguntar, sin temor de incurrir en exageración, si es realmente superior á la de varias especies animales, como por ejemplo, el castor.

Los apaches están en evidente decadencia. Su número disminuye de una manera rápida. Cuando no eran más que salvajes, entre otros salvajes, su horda se mantenía tal como era, á pesar de la débil fecundidad de las hembras, y á pesar de los azares de sus luchas y combates, pero desde que de lo alto de las montañas han podido ver flotar en lejanos horizontes el penacho de las locomotoras, su suerte está resuelta. La antigua civilización greco-romana no exterminó á los galos, germanos, y bretones; pero la civilización cristiana que se vanagloria de ser superior á su predecesora no tiene

las mismas condescendencias. Más apreciada de goces, devorada por más necesidades y deseos, extirpa, aun de propósito deliberado, los pueblos incapaces de plegarse instantáneamente, á la profunda transformación que ella misma no ha realizado en veinte siglos. Por varias razones, los pueblos cazadores, tales como los Pieles-Rojas, se manifiestan particularmente recalcitrantes á nuestra cultura. No es que ellos sean ménos inteligentes que otros, sino que su inteligencia se encierra de propósito en una especialidad. En despecho y quizá tambien por razón de sus fatigas y peligros, el género de vida que llevan es más atractivo, ciertamente, que el de la mayor parte de nuestros civilizados campesinos, comerciantes y obreros de fábrica. El apache es cazador y cazador muere. Además, es nómada. Mientras que el hombre no se ha fijado, su espíritu no encuentra su asiento, ni se habitúa á las largas reflexiones, ni á los estudios pacientes que dan la comprensión de las cosas. Ladrones de caballos, ladrones de carneros, no se perdonará á los apaches hasta que el último de ellos haya sido exterminado. Lo que más odia en el mundo el propietario de ovejas es el lobo, por más que el lobo haya tomado forma humana. Los *farmers* están descontentos porque el gobierno de Washington preconiza oficialmente una política humana, porque acantona á los apaches en una parte del territorio que en otro tiempo les perteneció por entero, y porque les paga una anualidad de mil quinientas pesetas con gran beneficio para los comisarios. Encuentran que sería más viril y más decisivo, aplicar las medidas del gobernador mejicano de Chihuahua que había puesto sus cabezas á precio: 500 pesetas por la piel de la cabeza de un varon adulto; 250 por la de una mujer y 125 por la de un niño.

Las tropas federales, despues de un

encuentro, llevaban en 30 de Abril de 1871, algunos apaches prisioneros. Fué una fortuna inesperada para los colonos de los alrededores, que se reunieron de todas partes y se arrojaron sobre los cautivos, degollando un centenar.

Hace cincuenta años que los españoles evaluaban en veinte mil el número de apaches varones adultos. Hoy no llegan de seguro á cinco mil. Raza errante, hambrienta, perseguida, astuta, apasionada, admirablemente sufrida, indomable por la fatiga y los sufrimientos, el apache, pueblo-lobo, tendrá la misma suerte del lobo. El lobo perecerá comido por el cordero.»

*
* *

Se ha dicho ántes que no todos los indios de estas incultas regiones son feroces como los apaches. Entre las várias tribus de indios pacíficos y sedentarios figuran los moquíes. El viajero americano Conzens, hablando de ellos y de su país, dice entre otras cosas lo siguiente:

»El país de los moquíes se halla situado al Noroeste del monte San Francisco, á corta distancia del Colorado Chiquito, afluente del Colorado (1). Es una comarca árida y estéril, cuyo suelo cortado por barrancos ofrece á cada paso alturas escarpadas, profundas torrenteras, picos volcánicos y desfiladeros peñascosos, con pastos intermedios, aunque de poca extensión, para los animales. Según parece, los moquíes no tienen más cuadrúpedos que cabras y carneros que llevan todos los días al pasto. Los prados más cercanos se hallan á una distancia de dos leguas.

»Los pueblos moquíes son siete y cuentan sobre 6,000 almas. El mayor tie-

ne 2,000. Su gobierno es hereditario, aunque la autoridad no deba pasar forzosamente de padre á hijo. Cuando muere el jefe, el pueblo elige para reemplazarle á cualquiera de los supervivientes de su propia familia.

»El narrador no pudo darnos detalles completos sobre las creencias religiosas de los moquíes. Estos creen en un Padre que habita en el punto por donde sale el sol y en una Madre que mora donde el sol se pone.

»Los moquíes, sin ningun instrumento de labranza, plantan melones, maiz, judías, cebollas y algodón. Cultivan también, á su manera, cierta especie de tabaco.

»Saben hilar y tejer con gran habilidad, lo mismo que los zunis y los indios pueblos.

»No se debe omitir un hecho singular. Aunque los siete lugares de los indios moquíes sólo ocupan una extensión de pocas leguas, los habitantes de uno de los pueblos, del mayor, hablan una lengua que no entienden los demás; pero ellos sin embargo entienden á los otros.»

En otra parte dice el mismo autor:

»Los indios moquíes se parecen á los indios pueblos; pero tienen cierto aspecto más inteligente. Revelan en sus semblantes franqueza y decisión. Á no ser por el color, se les tomaria fácilmente por norte-americanos.

Las mujeres son guapas y laboriosas, distinguiéndose en el peinado, las casadas, las viudas y las solteras.

Sus costumbres de tribu son muy originales. Todos los casamientos se hacen por iniciativa de la mujer; esta pide la mano del hombre que le gusta y en ninguna ocasión es desairada. La boda se celebra con danzas y festines; todos los platos han de estar preparados por la novia, para demostrar que su marido no carecerá de nada en el seno del hogar.

(1) El Colorado Chiquito desagua en el Río Colorado hácia los 36° latitud N y 1:0° longitud O.

Existe tambien el divorcio. Cuando cualquiera de los cónyuges quiere romper el pacto matrimonial, no tiene más que exponer ante el cacique, delante del otro cónyuge, los motivos de su descontento. Si los divorciados tienen hijos menores, estos quedan al cuidado de sus abuelos.

En los bailes que con frecuencia celebran los moquíes no toman parte las mujeres; sustitúyenlas algunos mozos que se disfrazan vistiéndose como ellas y cubriéndose el rostro.

Cada hogar moquí tiene su genio protector, representado por una imágen azteca de madera ó barro, siempre fea, pintada de colores chillones y adornada con hermosas plumas. Dicha imágen está siempre colgada por medio de un cordón de una de las vigas de la casa, y los moradores de ésta le atribuyen una gran influencia, buena ó mala.

Cada aldea tiene su estufa subterránea, en la que se penetra por una abertura practicada en la parte superior. Allí se reúnen los vecinos para tratar las cuestiones generales ó de interés público, y discuten fumando.

Reuniendo todos los datos que pude recoger, de los que omito varios en obsequio de la brevedad, deduzco sin esfuerzo que los moquíes componen una tribu sencilla, morigerada, feliz y laboriosa. Se dice que son sumamente hospitalarios. Es probable que desciendan directamente de la raza azteca."

*
**

Tambien hemos citado á los navajos, tribu sumida en la barbarie, pero cuyo territorio, y otros contíguos al muy agreste que ocupan, se halla sembrado de curiosas ruinas.

He aquí un extracto de lo dicho por el

teniente americano Simpson en su *«Expedición al país de los navajos.»*

El teniente Simpson ha visto más de treinta pueblos en ruinas, aunque describe solamente seis, entre ellos Pueblo Pintado.

Las ruinas de Pueblo Pintado forman una inmensa construcción, hecha de una piedra fina que ya no se encuentra en las edificaciones de Nuevo Méjico. La disposición de los materiales indica cierto arte y principios científicos, que revelan una civilización muy superior á la de los pueblos indios ó mejicanos de nuestros dias.

Los detalles de las construcciones son tan acabados y tan bellos que desde léjos se les tomaría fácilmente por delicados mosaicos.

En la fachada exterior no se distingue la menor traza de argamasa alguna; la parte interior de los muros ó paredes es una sillería de piedras irregulares, cuya argamasa no contiene cales. El espesor de los muros es de un metro en su base; pero va disminuyendo de abajo arriba.

Las paredes que se mantienen firmes tienen poco más de diez metros de altura; los pisos fueron cuatro. El piso bajo tiene de longitud ciento cuarenta metros, conteniendo cincuenta y cuatro cuartos de diferentes dimensiones; todos estos cuartos se comunican entre sí por puertas que miden setenta y cinco centímetros de ancho por un metro de alto.

Las puertas del segundo piso son mucho mayores, observándose además que este piso y el tercero han tenido ventanas. Las maderas del suelo no han sido cortadas con hacha ni con sierra, sino con instrumentos primitivos cuya grosería se conoce bien.

Entre las ruinas se encuentran varias cámaras redondas, algo elevadas sobre el nivel del suelo, cuyas paredes exteriores son de cantería, miden de cinco á

nueve metros de ancho por dos de altura. Se llaman estufas y servían para celebrar los ritos religiosos. Recibían la luz por una abertura practicada en la parte superior que era á la vez la única puerta de entrada.

Omitimos una porción de detalles contenidos en las descripciones del teniente Simpson, consignando únicamente que las ruinas más importantes son las del pueblo de *Peñasco Blanco*. Las paredes de los otros pueblos ofrecen un carácter uniforme, pero las de este, las que no han venido abajo, se componen alternativamente de piedras chicas y grandes que producen el mejor efecto.

El plan general de construcción es el mismo de los otros pueblos; pero este último constaba de cinco pisos.

No se ha encontrado en las ruinas una sola chimenea, tampoco se ve ningun indicio de que se usara el hierro.

En los contornos se ve una multitud de restos de cerámica; sus colores, dispuestos y escogidos con gusto, conservan todavía bastante brillantez.

Las ruinas encontradas en el valle del Rio Chelly, son muy parecidas á las descubiertas en el cañon de Chaco, de que acabamos de hablar. Cubren aquellas el valle en una extensión de cuarenta kilómetros aproximadamente.

*
* *

M. Cozzens en su interesante libro, dice tambien, hablando á su vez de las diversas ruinas encontradas: «Las hay tambien al Sur de la frontera actual de los Estados Unidos. Pertenecen indudablemente á los mismos pueblos que de antiguo existían en Nuevo Méjico y en Arizona, habiendo servido de morada á una raza activa y numerosa que ha desaparecido.

»Me refiero á las ruinas de las *Casas*

Grandes encontradas en la parte Noroeste del Estado de Chihuahua y junto al Rio Casas Grandes, que desemboca en el lago de Guzman (1).

»Dichas ruinas son las más meridionales del conjunto de pueblos fortificados reconocidos en esta parte de América; se parecen en todo á las ruinas de Nuevo Méjico, contando tres pisos y el bajo inaccesible. Para entrar en el piso bajo es preciso trepar por una escala hasta el piso superior y descender por dentro con otra escala.

»Pero estas Casas Grandes ofrecen una particularidad digna de ser tenida en cuenta, pues las distingue de los demás pueblos, salvo Gran Quivera: el pueblo se surtía de agua por medio de un acueducto que la llevaba de léjos, el cual se conserva todavía. Tambien existe una torre situada como á una legua al Sudoeste del lugar y destinada sin duda á servir de atalaya, pues domina todos los contornos. La alfarería encontrada en las márgenes del rio se parece á la de los otros pueblos y se halla adornada con las mismas pinturas elegantes. Hay tambien armas de piedra.»

Bartlett mencion de estas ruinas: «Las ruinas de las Casas Grandes de Chihuahua, dice, están orientadas á los cuatro puntos cardinales; se componen de fragmentos de murallas, unos caidos y otros en hiestos. La altura de estos últimos varía de uno á diez metros sobre los escombros amontonados en el suelo. Si midiéramos su altura desde los cimientos, la encontraríamos mucho mayor, sobre todo en la parte central del edificio, donde los escombros forman un montículo de siete metros de alto. Por consecuencia, si los muros mas altos que sub-

(1) El lago de Guzman se encuentra en el Estado mejicano de Chihuahua á poca distancia de la frontera de Nuevo Méjico (Estados Unidos).

sisten se miden desde el nivel del suelo, su altura se acerca á unos veinte metros. Esto me hace presumir que el edificio era menos elevado por la parte exterior; pues las partes centrales, á juzgar por las paredes subsistentes y por la cantidad de escombros, tenían probablemente una altura de seis pisos.

«Estas construcciones son de adobes, enteramente distintas de las que hacen los mejicanos modernos. Los adobes antiguos son mucho mas grandes, pues tienen un metro de largo por medio de espesor.

«Las Casas Grandes se componen de tres cuerpos de edificio, unidos entre sí por muros cuya altura es la de los primeros pisos; estos muros de unión forman patios interiores entre los edificios. La longitud de los tres, de Norte á Sur, es de doscientos sesenta metros; su anchura, de Este á Oeste, no es mas que de ochenta. Por sus caracteres generales recuerdan las Casas Grandes situadas cerca de los lugares pimas.

«Algunos de los aposentos contiguos á los muros exteriores, miden seis metros de longitud por tres de anchura, y comunican unos con otros por puertas. Hay además gran número de cuartos más pequeños, demasiado pequeños, para que hayan podido servir de dormitorios, los cuales tienen tambien puertas de comunicación y reciben la luz por claraboyas practicadas en la parte superior de las paredes. Tambien hay grandes salas y espacios murados, demasiado extensos estos últimos para que jamás hayan tenido techos. Es probable que las construcciones ménos elevadas que rodean el principal edificio fueran las habitadas por las familias, y que estas depositaran sus riquezas para mayor seguridad en el edificio central.

«El conjunto de estas construcciones es ménos ordenado que las ruinas situa-

das más al Norte; sin embargo, el número de aposentos, los diferentes pisos, los patios interiores y todos los rasgos principales, corresponden perfectamente á los de las ruinas que han sido encontradas en Nuevo Méjico y en Arizona.

«¿Pero quién construyó esos edificios? ¿A qué época pertenecen? Tales preguntas no tendrán de seguro nunca respuesta.

«No obstante, de las hipótesis de los viajeros, de las teorías de los sábios y hasta de la más vulgar observación, resulta un hecho completamente evidenciado: los desiertos estériles situados entre el Rio Grande y el océano Pacífico, han estado en otro tiempo habitados por pueblos más adelantados en las artes mecánicas que las razas que ocupan los mismos desiertos de un siglo á esta parte.»

Humboldt, en su *Ensayo sobre Nueva España*, dice que en el siglo XII habitaban los aztecas el país comprendido entre los treinta y cinco y los treinta y siete grados de latitud Norte y entre los ciento nueve y los ciento doce de longitud Oeste. Si es así las ruinas visitadas por Cozzens son ruinas aztecas. De todos modos, los que edificaron aquellas poblaciones hoy derruidas, estaban mucho más adelantados que los actuales indios del Nuevo Méjico.

El primero que ha mencionado estas ruinas ha sido Gregg; en su obra *El comercio de las Praderas* dice que todas son de un mismo origen y que este origen es azteca. Un historiador afirma que todo es azteca lo mismo en Nuevo Méjico que en Arizona. Otro historiador más conocido, Prescott, en su *Conquista de Méjico*, se expresa así: «Es verdad que estos vestigios indican una raza superior á la que hoy existe en Nuevo Méjico; ¿pero qué pruebas tenemos del alto grado de civilización á que pretenden los historiadores que habían llegado los aztecas en Anáhuac? ¿Qué hechos han demostrado que

los aztecas tuvieran en mecánica los conocimientos que se requerían para construir el templo de Xochicalco, los palacios de Tescotzinco y el colosal y conocido calendario de piedra de la capital?»

En una palabra, el moderno historiador Prescott parece atribuir todas estas ruinas no á los aztecas, sino á los tultecas.

Un escritor inglés, M. Bell, que ha recorrido una buena parte de dichas comarcas, dedica una parte de su trabajo sobre la América del Norte á la cuestión del origen de estos antiguos monumentos. Según él, todos indios constructores de las ciudades en ruinas pertenecían á la raza azteca y á los tiempos del poderío de la raza expresada. Hé aquí lo que dice sobre el particular: «El valle del Gila fué ocupado y sus tierras fértiles enriquecidas por un sistema completo de irrigación; los valles del Rio Verde, del Salinas y otros fueron igualmente conquistados, y los salvajes reducidos á vivir en las montañas. Es indudable que los aztecas rechazaron á los apaches, como á hordas de bárbaros que era imposible subyugar. Los apaches, á su vez, haciendo continuas incursiones en los territorios conquistados por los aztecas, obligaron á los nuevos señores del país á inventar medios con que garantizarse contra toda sorpresa. Entónces fué cuando los aztecas construyeron casas de piedra y adobe; para construirlas escogieron las posiciones más fuertes y dominantes, las cimas de las mesas, alturas desde las cuales se descubrían vastas extensiones de terreno. Agruparon sus casas levantando pisos sobre pisos, para que fuera fácil la defensa y pudiera un puñado de guerreros decidinos hacer frente á cualquier muchedumbre de asaltantes.»

Cree Bell que los fundadores de ciudades iban adelantando poco á poco en dirección al Norte, hasta que fueron detenidos por los inmensos cañones del

Grande y el Pequeño Colorado; supone que al tropezar en tales obstáculos modificaron su rumbo, inclinándose hácia el Este, y que entonces fundaron el reino de Cibola; y que internándose más en el desierto ocupado actualmente por los navajos, edificaron los pueblos del Cañon de Chaco y los del valle de Cheli. Por último, opina que desde allí, remontando el San Juan, llegaron al valle del rio Grande.

Este hermoso valle era tan favorable á sus instalaciones, que las fueron aumentando y extendiendo por el Sur. Se multiplicaron tanto, que ya no les fué indispensable para su seguridad encerrarse en fortificaciones.

Esto explicaria perfectamente la falta de fortificaciones como las descritas que se observa en el valle del Rio Grande.

El abate Domenech opina que algunas de las ruinas de que se trata son de origen tulteca y anteriores por consiguiente á la invasión del país; piensa que fueron construidas durante el siglo XII. Hé aquí los motivos en que funda su opinión.

«Todas estas ciudades son tan antiguas, que las razas indias de la actualidad no conservan ya ni tradiciones siquiera de su existencia. Las orillas del Rio Verde y del Rio Salinas se hallan cubiertas de casas arruinadas y de fortificaciones de piedra, evidentemente construidas por un pueblo más civilizado que los indios de Nuevo Méjico. Todas estas ruinas se encuentran en los valles fértiles, distinguiéndose perfectamente en sus alrededores las señales de antiguos cultivos y de inmensos canales de riego.

Para darse cuenta la desaparición de tantas gentes como de antiguo moraban en el país, supone Domenech que se ha debido operar un cambio muy sensible en la configuración del suelo, y que va-

lles fecundos y bien regados se han transformado en terrenos áridos, obligando á los habitantes á emigrar á regiones distintas.

Hablando de las sorprendentes ruinas diseminadas en las comarcas circunscritas al Norte por el Cañon de Chaco y al Sur por las Casas Grandes de Chihuahua, añade el mismo autor:

«Los curiosos monumentos de Nuevo Méjico y de Arizona sólo han sido visitados por un reducido número de viajeros; así se explica que se hayan ocupado de ellos contados escritores. Es indudable que todos los pueblos de tales desiertos tienen un carácter incontestablemente homogéneo; fueron edificados por una gran nación, por una nación inteligente, mucho más civilizada que las actuales tribus. ¿Pero dónde han ido á parar aquellas gentes que han dejado en el país tantos monumentos admirables?

«Sabido es que cuando se establecen aglomeraciones de hombres y familias en un país nuevo, levantan sus viviendas en los puntos cubiertos de bósques y atravesados por alguna corriente de agua más ó ménos caudalosa, pues la leña y el agua son elementos indispensables de la vida doméstica. Ahora bien, hay muchos puntos de los que han sido habitados, que se vieron privados súbitamente de agua y de leña.

«Los desmontes originaron largas y persistentes sequías, lo que obligó á los habitantes de las altillanuras á descender á las llanuras bajas; faltando las lluvias, se agotaron los pozos, algibes y cisternas y los horrores de la sed alejaron á los habitantes obligándoles á dejar vacías y abandonadas sus viviendas. Los rios y las fuentes se secaron. Yo mismo he visto en Arizona y en Téjas cursos de agua que ha dejado de correr; las unas están sin agua hace siglos, y las otras hace pocos años. Las orillas de estos rios, que

se vieron cubiertas de verdura, de plantas, de flores y de árboles; están invadidas actualmente por la arena ofreciendo un cuadro de verdadera desolación. Las aguas que se deslizan todavía por cauces pedregosos, no solamente son caprichosas sino que á menudo son intermitentes. El suelo las absorbe, reaparecen á determinada distancia y tornan luego á desaparecer. Hay rios que cambian de lecho y los hay que surgen bruscamente en la desierta llanura.

«Además, el suelo de estas regiones suele esiar cubierto de ágata, de jaspe, de calcedonia, de árboles petrificados y de masas de lava que absorben el agua de los arroyos, colman los lechos de los rios y hacen improductivas por lo estériles tierras que han sido fecundas por lo bien regadas.

«Cuando se producen estos fenómenos, los habitantes del país se ven naturalmente obligados á dejar unos campos que ya no les ofrecen otra perspectiva que la sed y el hambre para evitar la muerte buscando tierras más productivas. Estas emigraciones violentas han debido menudear mucho.

*
**

Á las causas naturales de ruina y destrucción, que hemos expuesto, debemos añadir la guerra, la dificultad de formar nuevas colonias, la decadencia del imperio de Motezuma y su aniquilamiento completo por los españoles, con lo cual basta y sobra para no necesitar la suposición de que haya existido una nación distinta, existencia en que han creído algunos para explicarse la de los monumentos que llenan las soledades de América. Es objeto de discusión el origen de dichos monumentos, porque los descendientes no poseen el génio, la energía ó la audacia de sus progenitores.

«Los zunis y otros varios viven todavía en pueblos semejantes á los que hemos descrito, y probablemente serían sus antepasados los que construyeron aquellos edificios gigantescos.»

Todas las citas anteriores nos demuestran que los exploradores están muy distantes de concordar acerca del origen de las ruinas, tan extensas y tan originales, que se encuentran esparcidas en dicha maravillosa región. En cuanto á los archivos de Nuevo Méjico, es bien seguro que no han de ilustrar esta cuestión pues no contienen documento alguno que aclare nada. En efecto, los registros anteriores al año de 1680 fueron destruidos todos por los indios, que se rebelaron en dicho año contra los conquistadores del país y este no fué recuperado por los españoles hasta 1695. Es verdad que en 1692 llegó Vargas Zapata con algunas fuerzas hasta el pueblo de Zuni; pero viendo que los indios eran numerosos para someterlos, se vió obligado á retroceder hasta la villa del Paso.

*
**

El mencionado Cozzens deduce la siguiente:

«Por mi parte, el exámen de las ruinas, dice, me ha convencido de su origen azteca. Parece incontestable que la ruinas del Rio Gila y de las Casas Grandes de Chihuahua reconocen mayor antigüedad que todas las demás citadas en nuestra obra, y que pueden proceder de edificaciones erigidas por los toltecas ó por sus contemporáneos. Esta, no obstante, es una opinión basada más bien en conjeturas que en verdaderas pruebas; pero nada he visto ni leído entónces ni posteriormente que alcance á modificar mi consignada opinion.

«Quedan, pues, sin explicación clara los magníficos monumentos de la energía,

la habilidad y la civilización de un pueblo poderoso, de cuya desaparición hace muy pocos siglos; y cuya existencia sólo está probada por edificaciones en ruinas.»

Las obras de Cozzens y de Simpson no desvanecen las dudas de los modernos investigadores. Las de Domenech están desacreditadas por falsas conclusiones. Afortunadamente hay otras más recientes y más razonadas, que si no resuelven los problemas concernientes al origen ú orígenes de las razas americanas, arrojan sin embargo nueva luz sobre sus pueblos prehistóricos. El señor Pi y Margall en su erudita y concienzuda «*Historia de América*,» el señor Howe Bancroft en su monumental «*Historia de los Estados del Pacífico*,» el señor Bertillón en su obra «*Las razas salvajes*,» el marqués de Nadaillac en «*Los primeros hombres y los tiempos prehistóricos*» y en su «*América prehistórica*,» como tambien otros varios autores de indudable autoridad científica, han dicho cuanto se sabe hasta hora sobre una materia tan interesante.

Las incontables ruinas de Nuevo Méjico y Arizona, las curiosas de Palenque en Chiápas, las de Papantla en Vera Cruz, las de Chichen é Itza en Yucatan, los antiguos templos del Perú, con sus santuarios, sus jeroglíficos, su cerámica y sus momias, son otros tantos tesoros que los arqueólogos descifrarán. Alguno de los escritores más modernos, que tratan de estos asuntos, restablece la teoría de Cabeza de Vaca, uno de los conquistadores españoles, quien asegura, en la narración que hizo de sus excursiones por Nueva España, que sus habitantes eran socialistas.

Y en realidad, los naturales vivían en comunidad en grandes residencias fortificadas segun las necesidades de los tiempos, viviendas y fortificaciones que estudian los arqueólogos y los historiadores á falta de preciosos documentos devora-

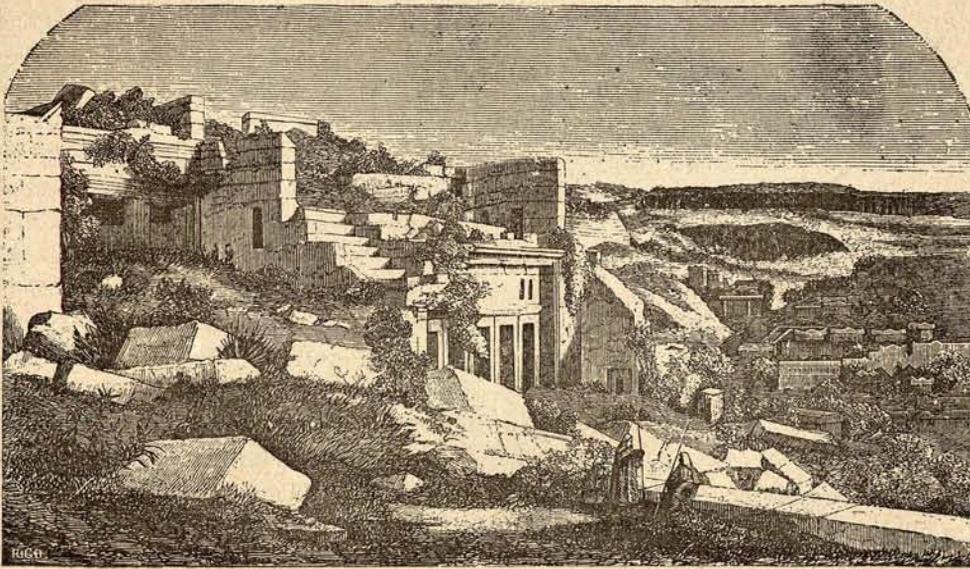
dos por las llamas que encendieron la ignorancia, la superstición y el fanatismo.

Expresándose así, hace renacer la memoria de Don Juan de Zumárraga, primer arzobispo de Méjico. Este varón piadoso, en su más que ferviente cristianismo, hizo reunir y quemar las pinturas-manuscritos de todos los pueblos mejicanos, particularmente de Tezcuco, la ciudad más culta del Anáhuac.

*
**

Don José Mac-Pherson, de la Sociedad Geográfica de Madrid, ha traducido del *Geographical Magazine*, el siguiente juicio crítico relativo á la notable obra de Bancroft:

»Aunque mucho es lo que se ha escrito sobre las primitivas razas de América, y se han acumulado numerosos materiales sobre el asunto, aún no se ha llegado á un trabajo general que sea satisfactorio, ni se ha encontrado solución á ninguno de los interesantes problemas suscitados acerca de las antigüedades americanas.



»La razon de esto parece ser que los pocos que se han dedicado á este asunto, lo han abordado invariablemente con ideas preconcebidas, y han trabajado, no tanto por amor á la verdad, como para probar tal ó cual absurda teoría acerca del origen de las civilizaciones americanas.

»Así, Montesínos abordó el asunto con ideas particulares sobre el rey Salomón

y el monte Óphir; Ranking, con sus príncipes y elefantes; Lord Kingsborough, con la cabeza llena de judíos; Brasseur de Bourbourg, bajo la influencia de ideas aún más fantásticas; y el Dr. Lopez ha demostrado recientemente mucha erudición en sus *Razas Arianas del Perú*.

»Por lo tanto vemos con sincero placer un trabajo sobre las razas americanas, nutrido de datos y de investigación ori-

ginal, y al mismo tiempo, libre de toda idea preconcebida ó teoría sin fundamento.

»El Sr. Bancroft ha condensado en sus cinco tomos una suma de conocimientos, que se necesitarían años para adquirir en cualquier otra fuente.

»Este señor, aunque exponiendo siempre las apreciaciones de anteriores escritores, se reserva su juicio, sin embargo, y libre de teorías, llega á idénticas conclusiones á que otros llegaron, cuando han abordado este asunto con igual espíritu.

»En el primer tomo, Bancroft se ocupa de los Esquimales occidentales y de las razas más ó menos civilizadas del Norte, mientras que en los cuatro restantes trata de los mitos, lenguas, antigüedades é historia primitiva de las naciones civilizadas de Méjico y de la América central.

»La civilización al Norte del istmo de Darien, la divide en dos troncos distintos: la más antigua llamada Maya, y la más reciente Nahua.

»Estas dos civilizaciones muestran diferencias tales, que indican, ó una cultura separada desde un principio, ó, lo que es idéntico para el caso, un progreso por distintos caminos desde una época muy anterior á la llegada de los europeos.

»La civilización Maya floreció algunos siglos, tal vez muchos, ántes del descubrimiento de América, en la region que ahora cubren los espesos bosques de Chiápas, Guatemala, Yucatan y Hondúras, en donde se han encontrado grandes y magníficos vestigios de antiguas ciudades.

»Estas ciudades ya estaban abandonadas y más ó menos desconocidas en el tiempo de la conquista, estando los descubrimientos de la raza Maya representados por los quiches de Guatemala y otras tribus de la América central.

»La civilización Nahua era la de los Toltecas y Aztecas de la meseta mejicana.

»La relación que hace Bancroft de esta civilización es perfecta; y en apoyo del texto hace uso de tan numerosas citas de autoridades originales, que presta inmensa ayuda á los que quieran investigar este asunto con detencion.

»Dos de los más interesantes capítulos de la obra son el que trata de la escritura pictórica azteca y jeroglíficos de la raza Maya.

»En el primero, después de mencionar la destrucción de los Archivos de Méjico por el fanático Zumárraga, hace una relación de todos los documentos conservados en esta escritura, describiendo la manera que tenían de pintarlos. En el segundo hace una admirable descripción, que puede tomarse como modelo de condensación, de los pocos manuscritos Mayas que se han conservado, iluminando el texto con láminas sacadas de las lápidas del alfabeto del obispo de Lándas y de las interpretaciones de los escritos en Maya por Brasseur de Bourbourg y otros.

»El estudio de las lenguas americanas no puede ménos de recibir un nuevo impulso con motivo de la publicación de la obra de Bancroft, porque demuestra bien claramente que, mientras más se estudian estas lenguas, mayor número de bellezas se descubren, así como que no hay mejor prueba para conocer la edad y el progreso de un pueblo.

»Presta también un servicio exponiendo á un merecido ridículo á toda la cohorte de superficiales teorizadores que han entorpecido el asunto con sus grandes y eruditos absurdos. Nájera nos dice que el Otomi es chino porque ambas lenguas son monosilábicas; López publica un tomo para probar que el Quicha es una lengua Ariana, mientras que Brasseur de Bourbourg gasta resmas de papel para probar que el Maya es la lengua primitiva de donde se derivan el griego, el latín, el alemán y el inglés.

»Es evidente que con trabajo, y torciendo y retorciendo palabras, se pueden encontrar analogías entre dos idiomas cualesquiera del mundo.

»De la misma manera que el Quichua es la lengua más rica de la América del Sur, el Azteca es el más perfecto y acabado al Norte del istmo.

»Es este idioma lleno y rico, y posee 2.200 voces para expresar diferentes plantas mejicanas y más de 200 especies de pájaros.

»Los misioneros la encontraron admirable para su objeto, pues podían exponer los más suaves matices de sus dogmas, como lo atestiguan los numerosos sermones y rituales escritos en lengua azteca.

»El Otomi, después del Azteca, era el más extendido en Méjico, pudiese hablaba por los habitantes de las montañas que circundan el valle de Anahuac y por todo el país de Querétaro y Guanajuato.

»Es esta lengua digna de llamar la atención como el solo idioma monosilábico que se encuentra en América.

»Después de pasar revista el autor á todos los mitos, leyendas y lenguas de los Estados del Pacífico, concluye su tercer tomo de la siguiente manera:

»Á todo el que estudie los mitos y lenguas de las razas primitivas del Pacífico, no podrá menos de llamarle la atención la semejanza que existe entre las ciencias de estos pueblos y las de la humanidad en general.

»Aquí también se ve la misma insaciable sed de conocer lo desconocido, las idénticas audaces tentativas para desgarrar el velo, el mismo forjar de mundos y creadores, y limitación de las regiones celestes, que por todas partes están de manifiesto.

»También se observa aquí la misma necesidad inherente de culto, de ofrenda, de purificación y de sacrificio, con todos

los símbolos de las religiones, tanto naturales como artificiales.

»En su habla también se descubren las idénticas construcciones gramaticales; con las usuales variaciones en forma, en amplitud, en pobreza ó en riqueza que existen en todas las naciones, tanto en estado de rudeza como de civilización.

»Aunque poco es lo que conocemos del principio y fin de las cosas, sin embargo, no podemos menos, conforme nuevos hechos salen á luz y se comparan entre sí las diversas razas y épocas de la tierra, de ver que, sea cual fuere el origen de la humanidad, esta se ha formado sobre un solo modelo y se desarrolla bajo una sola inspiración.»

«En su cuarto tomo pone Bancroft la mejor descripción general que hasta ahora se ha hecho de la región Maya y Nahuatl, desde los cementerios de Chiriqui hasta los monumentos del valle de Sila, y abarcando todos los demas de América, hace un detallado relato de las magníficas ruinas descritas por Stephens, de los restos hallados en Nicaragua y de los descubiertos en los Estados del Norte de Méjico, Arizona y Nuevo Méjico.

»Dedica también algunos capítulos á las construcciones de montículos y á las antigüedades peruanas, y, faltos de espacio, sólo mencionaremos la región del Yucatan, que tan abundante cosecha de vestigios ha proporcionado en la parte investigada por Stephens y Cashwood.

»El método que sigue Bancroft para describir estas ruinas se reduce á hacer una detallada descripción de las más importantes, limitándose luego á señalar diferencias y contrastes con el resto, ahorrando así la monotonía consiguiente á describir centenares de edificios que se asemejan tanto en construcción como en apariencia.

»En el quinto tomo trata de la historia

primitiva de los Aztecas y Mayas ántes del descubrimiento de América.

»Tanto el Perú como Méjico han tenido la suerte de tener historiadores del país descendientes de sus antiguas dinastías, que han perpetuado sus pasadas grandezas en la lengua de sus conquistadores.

»Á pesar de las diatribas de que ha sido objeto el Inca Garcilaso de la Vega, siempre mantendrá su lugar, como la autoridad más competente, en la primera historia del Perú,

»El Garcilaso mejicano fué Hernando Ixtlilxochitl, que escribió su crónica por encargo del virey.

»En el Popul-vuh existe tambien otro relato auténtico de los mitos de la antigua civilización Maya. Bancroft con estas y otras autoridades ha hecho una historia que abarca tanto los períodos Toltecas, Chincos y Aztecas de Méjico, como los del Imperio Quiche en Guatemala y de los Mayas en Yucatan.

»Con un conocimiento bastante general de la literatura de las antigüedades americanas, nos creemos autorizados para decir que Bancroft ha llenado su cometido con escrupulosa buena fé, estando el asunto hábilmente tratado y condensado todo lo conocido de una manera admirable; mereciendo las *Razas primitivas del Pacífico* ocupar, no sólo el lugar de una obra clásica y de lectura general, sino el de una obra de consulta, indispensable á todo el que estudie la antigua civilización americana.»

IV

NUEVAS RAZAS. — POBLADORES EUROPEOS.—COLONOS ESPAÑOLES.—POBLACIÓN AMERICANA; LA QUE PODRIA CONTENER.—COSTUMBRES.

Ha habido quien ha dicho que América es el horno en que se funden las razas para formar otra nueva, la raza del porvenir. Aún falta mucho para el día en que los americanos constituyan una raza única, homogénea, con caracteres propios. En los Estados Unidos, en aquella admirable democracia que ha realizado ya tantos prodigios, no cabe confusión ni se mezclan todavía los descendientes de los puritanos con los de los esclavos del Mississipi, ni los hijos de los escoceses con los indios de los Grandes Lagos. Los habitantes de Florida, Téjas y Arizona conservan todavía el tipo ibero. Los del Canadá siguen siendo franceses por sus costumbres y sus apellidos.

Si esto sucede en la América del Norte, la unificación es, puede decirse, imposible en la América del Sur. Han desaparecido antiguas razas, pero han aparecido otras nuevas, producto de las mezclas y transformaciones de las primitivas. En nada se parece el gaucho argentino al mulato brasileño ni el criollo de Cuba al lépero mejicano. (1)

El gaucho de las pampas argentinas y el llanero de Venezuela son tal vez los tipos más interesantes de cuantos han resultado de la mezcla de los españoles con

(1) Como quiera que todo ser animal no es sino alimento transformado, no puede haber en América como no la hay en Europa, unidad de razas, pues siempre han de estar los productos de un suelo cualquiera, sea su origen el que fuese, en relación de sus condiciones climatológicas.

los indios. Gauchos y llaneros tienen rasgos comunes; al par que diferencias más accidentales que esenciales.

Son los gauchos diestros domadores, laceros hábiles, intrépidos jinetes que parecen haber hecho efectiva la fábula mitológica de los centauros. Su ocupación favorita y su mayor placer, consiste en la persecución de los caballos dándoles caza con el lazo y con las bolas. En las vastas praderas de las pampas se multiplican estos caballos de una manera prodigiosa. Los caballos pamperos son de raza española. Se les encuentra á menudo en manadas numerosas, de cincuenta caballos á lo ménos. La destreza del gaucho para cogerlos y domarlos parece inverosímil.

Todos los cazadores de caballos, en la América del Norte como en la del Sur, en el Brasil como en Méjico, reconocen en los gauchos verdaderos maestros en esta caza excepcional. El arte de domarlos es innato en ellos.

«Hemos visto en Nueva York, dice Mainard, dos gauchos traídos expresamente de las pampas para exhibirlos al público. Eran hermosas muestras de la raza española que hacían honor á sus antepasados y que tuvieron en Nueva York un éxito completo.»

En cuanto al llanero, ó habitante de los inmensos llanos de Casanare y San Martín, véase lo que manifiesta el escritor neo-granadino Sr. Samper:

«Es el tipo más curioso de cuantos han producido en Nueva Granada los cruzamientos de razas favorecidos por ciertos *medios* topográficos. Es el *gaucho* granadino... No tiene á la vista nevados ni volcanes, ni colinas risueñas, ni pintorescos verjeles, ni graciosas y regulares villas ó ciudades, ni caminos y puentes, ni fábricas, ni iglesias, ni modas, ni asambleas, ni autoridades, ni policía. Sus verjeles son los bosques seculares de palme-

ras que vegetan llenos de pompa en las márgenes del río. Sus caminos son las interminables llanuras del horizonte ilimitado, cubiertas de gramíneas gigantes. Su puente es el caballo, lanzado al través de los ríos y las ciénagas, con el cual pasa por entre enjambres de caimanes y cetáceos de poderosa electricidad, ora agarrándose á la cola del animal—el amigo del desierto—ora manteniéndose sobre la silla ó en pelo, como una especie de triton ó sagitario.»

«Á caballo, con su lanza en ristre, ninguna fuerza le detiene, ningún escrúpulo le pesa sobre la conciencia; lo mismo alancea soldados enemigos que novillos gordos; lo mismo carga en la llanura que á través de las ciénagas y de los ríos... El llanero no pide sueldos ni pensiones ni gratificaciones; combate porque es un artista de la muerte que ama el *arte por el arte* como cualquiera otra.

«El llanero no es sino el resultado del cruzamiento de la raza española con la indígena de las regiones del Orinoco. Moreno, delgado, membrudo, anguloso y cartilaginoso, su mirada tiene al mismo tiempo reflejos salvajes ó feroces y una expresión intermitente de candor y dulzura. Su voz es muy fuerte, como lo exige la necesidad de hacerse oír en abiertas y vastísimas pampas, singularmente gutural, y cadenciosa y silbadora en extremo, formando un silabeo que suena á veces como los rumores del viento entre los árboles. Poeta y galanteador por excelencia, improvisa con admirable facilidad, al son de la bandola, los más originales romances ó redondillas, en el calor de los fandangos: y cuanto tiene es para la mujer ó la novia, á quien trata con largueza y suma ternura mientras se conserva fiel y bonita. En sus romances, llamados *galeranos*, figura siempre un cuento heróico, en que la mujer, el caballo,

la lanza, el sable (*machete*), el combate comun ó singular, etc., excitan la inspiración de la musa y el entusiasmo del auditorio. En esa poesía de las pampas todo es hiperbólico, prodigioso, soberanamente exagerado y jactancioso... Tratado con dulzura es humilde como un cordero; pero ultrajado es un tigre... En una palabra, tiene todo el candor de los pastores, toda la fantástica generosidad de los poetas y todas las brutalidades del salvaje.»

El llanero y el gaucho han heredado de los españoles sangre, agilidad y religión; pero no agradecen á sus progenitores sino el caballo y la vihuela.

*
**

El famoso escritor de la que se llamó Nueva Granada, Sr. Córdas, tiene hecha la siguiente pintura de los indios de la América del Sur.

«Empecemos por el habitante de las costas... El indio de las costas del océano Pacífico es de estatura mediana, rehecho, membrudo: sus facciones, sin ser bellas, nada tienen de desagradable: el pelo negro, algun tanto ondeado, poca ó ninguna barba, la piel bronceada y mucho más morena que la de los habitantes de la Cordillera. Sus mujeres en poco se distinguen de los hombres. La belleza, los rasgos delicados que distinguen á su sexo en los demás pueblos de la tierra, aquí parece que faltan. Los pechos, la voz y un trozo de lienzo envuelto á la cintura son los únicos caracteres exteriores que las distinguen. Si los rasgos varoniles de su fisonomía las acercan á los hombres, sus ejercicios las confunden con ellos. Carga, recorre, nada, navega con la misma intrepidez y valentía: va á la pesca y sigue al marido á la caza. En verdad que no se arma, ni ataca á las fieras con valor; pero

ve los combates con semblante sereno y sin estremecerse. Es verdad que hila, lava, teje, adereza el alimento, aseca la casa y su familia; pero con un aire de nobleza y dignidad, con no sé qué de feroz que parece indicar que obra por necesidad más bien que por inclinación. Tiene el pelo suelto ó llamado hácia la espalda con un ligero trenzado; las orejas perforadas, de donde penden pequeñas arracadas. Los amores en ellos son tranquilos y manifiestan la dureza de su constitución y de sus ejercicios. Apénas conocen los celos, esta pasión terrible que envenena todos los momentos; tan taciturnos, tan pacientes en la caza, como locuaces, bulliciosos é inquietos en sus festines. En estos beben, comen y danzan sin moderación y sin freno.

»Durante tres, cuatro ó más dias oyen con igual placer el sonido monótono de un tambor y de otros tan rústicos instrumentos como el país. Cuando el indio rema largo tiempo, cuando derriba los árboles enormes de sus selvas, cuando está cubierto de sudor bajo ese cielo ardiente, entonces se arroja al agua y se baña con el mayor placer. Si los olores gratos son tan mortales á sus mujeres como á las nuestras cuando acaban de parir, la dieta, el recogimiento, el abrigo les son absolutamente desconocidos. El baño, el remo, los trabajos domésticos, en una palabra, todos los ejercicios de su vida en nada se alteran con el parto. Es tan generoso y pródigo de lo que produce su país como avaro de lo que le entra de la cordillera ó viene de regiones distantes. El maíz, la yuca, el plátano y la carne de los animales silvestres son los únicos alimentos de que usa. Nada desea: contento con su destino y con su país, mira con indiferencia el resto de la tierra. Vive sin inquietudes y sin remordimientos, la muerte misma no le turba; la vé acercarse con ojos serenos y espira con

tranquilidad. Este es el indio de las costas del Sur.

»El mulato se distingue del indígena sin mezcla por muchos rasgos característicos. Es alto, bien proporcionado, su paso firme, su posición derecha y erguida: su semblante serio, el mirar oblicuo y feroz: casi desnudo... Ceñido de una fuerte cuchilla, el remo en una mano, coloca con majestad la otra en la cintura. Intrépido arrostra todos los peligros, y se arroja con alegría sobre un leño en medio de un mar tempestuoso. Acompañado de sus perros, con una lanza en la mano, recorre los bosques interminables; allí declara la guerra al tigre, al león, al zahino y al tatabro; triunfa, y cargado de los despojos de estas fieras, vuelve orgulloso á ponerlos con desden y dureza á los piés de la que hace el objeto de sus amores. Los bosques, estos bosques amados de que saca la mejor parte de subsistencia, hacen sus delicias y los mira como el asilo de su libertad. Aquí respira un aire embalsamado y libre, se halla independiente y todo lo tiene bajo su imperio. Las mismas fieras son para él un patrimonio inagotable: estas son sus vacadas y sus rebaños. Sin los cuidados que exigen la oveja, la cabra y el cerdo, le prestan ocasiones de hacer brillar su ligereza y su valor. Las serpientes, estos reptiles que inspiran terror en todos los corazones, apenas conmueven el suyo. Mil veces ha triunfado de sus dardos venenosos con las yerbas que tiene á la mano y cuyas virtudes conoce. Cuando la sociedad en que vive quiere poner freno á sus deseos, cuando el jefe quiere corregir los desórdenes, entonces vuelve sus ojos á los bosques tutelares de su independencia. Cuatro tiestos, una red, una hacha, su cuchillo y su lanza se colocan con velocidad sobre la barca, adonde le siguen su esposa y su familia: rema, atraviesa el

laberinto de canales que forman los ríos hácia su embocadura, se hunde despues en las selvas y se arranca para siempre de una sociedad que coartaba sus deseos ó que castigaba sus delitos. El carácter duro que le distingue lo conserva hasta en sus amores. No son los halagos, no los servicios los que le aseguran la conquista. Un mono, un zahino, un pescado ofrecido con fiereza, unas miradas ménos duras, alguna vez promesas y aún amenazas son los resortes que pone en movimiento. Apenas se ha hecho dueño de un corazón, dicta leyes severas cuya transgresión castiga con la muerte, ó con las más duras penas. Este es un tirano, aquella una infeliz.

»Si comparamos á estos con el indio y las demás castas que viven sobre la cordillera, verémos que este es ménos bronceado, sus facciones se parecen á las de los que viven en las costas: el pelo cerdoso y absolutamente lacio. Estos son blancos y de carácter más dulce. Las mujeres tienen belleza, y se vuelven á ver los rasgos y los perfiles delineados de este sexo. El pudor, el recato, el vestido, las ocupaciones domésticas recobran todos sus derechos. Aquí no hay intrepidez, no se lucha con las fieras. Los campos, las mieses, los rebaños, la dulce paz, los frutos de la tierra, los bienes de una vida sedentaria y laboriosa están derramados sobre los Andes. Un culto regulado, unos principios de moral y justicia, una sociedad bien formada y cuyo yugo no se puede sacudir impunemente, un cielo despejado y sereno, un aire suave, una temperatura benigna han producido costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas. El amor, esta «zona tórrida del corazón humano,» no tiene esos furores, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la costa. Aquí se ha puesto en equilibrio con el clima, aquí las perfidias se lloran, se cantan, y

toman el idioma sublime y patético de la poesía. Los halagos, las ternuras, los obsequios, las humillaciones, los sacrificios son los que hacen los ataques. Los celos tan terribles en otra parte y que más de una vez han empapado en sangre la base de los Andes, aquí han producido odas, canciones, lágrimas y desengaños. Pocas veces se ha honrado la belleza con la carnicería y con la muerte.»

*
* *

Los blancos de la América española no son todos de origen español exclusivamente. La mayor parte de los pueblos de Europa han dado su contingente á la colonización y población del mundo americano; pero es indudablemente la que predomina la raza española. Y ahora mismo, cuando todas las repúblicas hispano-americanas van comprendiendo la necesidad de fomentar la inmigración, cuando algunas otorgan sólidas garantías á los inmigrantes, cuando las razas europeas del norte se van encontrando por demás estrechas, no solamente en sus esquilados territorios, sí que tambien en los Estados Unidos, las corrientes que impulsan la emigración de Europa hácia la América meridional es insuficiente todavía para equilibrar el vigo-

roso influjo de la raza hispano-árabe. Además, los inmigrantes del norte se identifican de tal suerte con las naciones américo-latinas ya formadas, que á la segunda generación no puede conocerse ya su origen. Los hijos de alemanes ó de ingleses nacidos en la América del Sur, parecen oriundos de los conquistadores.

Las nuevas colonias alemanas, holandesas y otras, fundadas en distintas repúblicas, han dado los mejores resultados. Resultados que se comprenden desde luego, pues las razas inferiores son las más á propósito para ciertos trabajos primitivos que se necesitan en América. Además, en los deliciosos climas, en los fécondos valles, en la riquísima tierra, bajo el cielo de azur del mundo de Colon, se encuentran como en un paraíso, aun entregados á las duras faenas del más improbo trabajo, los infelices desheredados de las regiones septentrionales y centrales de la vieja Europa, los que nacieron bajo un cielo cubierto de nubes eternas, los que vivieron en países afrentados por tradicionales injusticias y por repugnantes privilegios.

Los pueblos europeos que han contribuido y contribuyen á la colonización y población de ambas Américas, se pueden clasificar, salvo error, de la manera siguiente:

España y Portugal, esto es, Iberia.	46 por 100	
Inglaterra.	21	—
Alemania.	12	— (1)
Francia.	7	—
Italia.	7	—
Rusia.	3 1/2	—
Holanda.	2	—
Suecia, Dinamarca, etc.	1 1/2	—

(1) Durante estos últimos años el contingente alemán ha aumentado en tercio y quinto como tambien el de los italianos, creciente de día en día.

Van comprendidos entre los ingleses los escoceses é irlandeses; entre los alemanes, los austriacos y suizos; y los belgas con los holandeses. Contamos entre los

franceses los vascos é iberos del Mediodía de Francia.

Los colonizadores españoles se pueden ordenar en esta forma.

Vascos, cántabros y astures.	40 por 100
Gallegos.	18 —
Catalanes, valencianos, y baleares	15 —
Canarios.	10 —
Andaluces y extremeños.	6 —
Castellanos, lusitanos, aragoneses y otros.	11 —

La población actual de la América latina, excluyendo los indios no civiliza-

dos, viene á ser segun los cálculos más aproximados, como sigue:

POBLACIÓN DE AMÉRICA.

PAISES	POBLACIÓN PROBABLE EN 1882	HABITANTES QUE PUEDEN CONTENER
Canadá.	2.800 000.	40.000.000
E.E. U.U. del Norte.	52.000.000	275.000.000
Méjico.	10.000.000.	69.000 000
Guatemala.	1.220.000.	5.000.000
Salvador.	600.000.	1.000.000
Hondúras.	390.000	5.000 000
Nicaragua.	380 000.	6.000.000
Costa-Rica.	200.000.	2 000 000
Venezuela.	2.100 000	40.000 000
Colombia.	3.200.000.	36.000.000
Ecuador	1.300 000.	25 000 000
Perú.	3 000.000.	38.000.000
Chile.	2 250.000	12.000.000
Bolivia.	2 300.000.	45.000.000
República Argentina.. . . .	2.900.000.	136.000.000
Uruguay.	500.000.	8.000.000
Paraguay.. . . .	300.000.	10.000.000
Brasil.	12.000.000.	270.000.000

Como dejamos dicho, la población señalada á cada uno de los países de América es la probable, pues si de algunas repúblicas se tienen datos exactos, son en su mayoría aproximados.

En cuanto á la población que cada una puede contener, el cálculo que hemos hecho tampoco es absoluto. Las cifras que estampamos indican solamente

la población que contendría cada una de las naciones americanas relativamente á la población actual de Europa. La densidad de la población es actualmente en Europa de 32 habitantes por kilómetro cuadrado; en los Estados Unidos no llegan á 6 los habitantes por kilómetro cuadrado, en lo restante de América no excede de 2 millones.

NACIONES AMÉRICO-LATINAS POR ÓRDEN DE SU EXTENSIÓN TERRITORIAL.

NACIONES.	KIL. CUAD.
Brasil.	8.337.218
República Argentina.	4.195.520
Méjico.	2.001.715
Bolivia.	1.297.255
Venezuela.	1.137.615
Perú.	1.119.940
Colombia.	830.705
Ecuador.	643.292
Chile.	321.460
Paraguay.	238.290
Uruguay.	186.920
Nicaragua.	133.800
Guatemala.	121.140
Hondúras.	120.483
Santo Domingo.	53.340
Costa-Rica.	51.761
Haití.	23.910
Salvador.	18.728
	20.833.092

Como se vé, la República Argentina, con menos de 3 millones de habitantes, es ocho veces mayor que la República francesa. El Uruguay, uno de los Estados más reducidos de América, poblado apenas por medio millon de almas, tiene una extensión superficial seis veces mejor que la poblada Bélgica. El territorio suizo no avanza sino una centésima parte de la despoblada República Argentina.

La población más compacta es la del Salvador, en Centro-América; la de menor densidad es la Argentina.

Véase el orden que ocupan las repúblicas del Centro y Sur de América conforme á la densidad de población:

- 1.^a Salvador,
- 2.^a Haití,
- 3.^a Guatemala.
- 4.^a Chile,

- 5.^a Santo Domingo,
- 6.^a Méjico,
- 7.^a Colombia,
- 8.^a Costa-Rica,
- 9.^a Hondúras,
- 10.^a Perú,
- 11.^a Uruguay,
- 12.^a Nicaragua,
- 13.^a Venezuela,
- 14.^a Ecuador,
- 15.^a Bolivia,
- 16.^a Brasil,
- 17.^a Paraguay,
- 18.^a República Argentina.

En la mayor parte de las repúblicas americanas, la democracia existe en las constituciones, y en las leyes escritas, pero no en las costumbres. Los Estados Unidos no han dejado de ser una plutocracia preñada de peligros; nadie ignora que el porvenir de Europa es una inmen-

sa catástrofe, y si no decimos otro tanto de los Estados Unidos, es porque aquel pueblo eminentemente práctico, escarmentará en cabeza ajena. Con grandes territorios aún despoblados, con un sistema político perfecto y más léjos que Europa de la tremenda crisis, operará sin duda su transformación social sin precipitación, y sin cobardía.

Segun el censo de 1880 el área despoblada de los Estados Unidos era de 1.400.000 millas cuadradas, lo que se aproxima á la mitad de toda el área del país. El área sin poblar al Este de las sierras Apalacheas ha sido reducida á 10.000 millas cuadradas solamente, y en los 13 Estados originarios existen ménos de 15.000 millas cuadradas desocupadas. Wisconsin y Michigan, ofrecen aún 10.500 millas cuadradas sin población, mientras que Téjas tiene nada ménos que 137.000 millas cuadradas de tierras desiertas. En el territorio al Oeste del Mississipi, incluso los de Minesota, de Dakota, de Kansas, de Nebraska, de Iowa, de Misouri, de Arkansas, de Nueva Méjico, de Arizona, de Colorado, de Montana, de Idaho y de los Estados del Pacífico, 1.200.000 millas cuadradas se hallan desiertas ó habitadas solamente por indios. Queda pues espacio para un incremento de población enorme.

En cuanto á las repúblicas de origen castellano, fuerza es convenir en que son en parte harto aristocráticas. El pobre indio sigue siendo considerado inferior por los descendientes de los conquistadores y colonizadores europeos. El vulgo latino-americano, se entusiasma con una condecoración cualquiera, como los salvajes africanos con las más relumbrantes baratijas. Los hay que vienen á Europa y acuden al Vaticano para mendigar un título de marqués ó cualquiera insignificante distinción, con tal que sea ó parezca nobiliaria.

Pero todo esto significa muy poco tratándose de países en que, por fortuna, se hacen laudables y provechosos esfuerzos por difundir la instrucción. Esta se propaga en todas las repúblicas de Sud-América de una manera portentosa. La instrucción superior deja todavía algo que desear; pero no así la primera y la segunda enseñanza. Generalizando la educación del pueblo se han transformado ventajosamente sus costumbres.

V

—EXPLORACIONES RECIENTES; EXPLORADORES ARGENTINOS; NUEVAS COLONIAS DEL CHACO.—PASO DEL BARILOCHE.—PILCOMAYO.

Es verdaderamente admirable en verdad, la magnitud de los hechos realizados por los españoles durante los siglos XV y XVI; pero lo más pasmoso de sus descubrimientos y conquistas es la escasez de medios con que se realizaron. Hoy son relativamente fáciles empresas las que entonces podían creerse fabulosas. El vapor reduce en extremo las distancias; los conocimientos geográficos y astronómicos han progresado mucho; los instrumentos matemáticos han alcanzado una maravillosa perfección; las exploraciones que solo emprendían ántes hombres osados y fuertes; pero generalmente de escasa instrucción, se confían ahora á hombres peritos, á naturalistas, y á verdaderos sábios.

Pero aún así sigue diciendo el entusiasta Estevanez, falta mucho para que conozcamos la geología, la botánica, las antigüedades y todo lo que encierra, digno de ser estudiado, el nuevo continente. Es más: los hombres de ciencia y las so-

ciudades sábias, no solamente de Europa, sino tambien de los Estados Unidos, han torcido el rumbo de sus investigaciones. En general dirigen sus esfuerzos al corazon del África ó á las zonas glaciales; buscando con ahinco las fuentes del Nilo y otros rios del continente africano, y afanándose por descubrir las sendas que conduzcan á los velados polos del planeta.

«Su empeño merece aplauso; digno será de este siglo descubrir los secretos del interior de África y romper con las pujantes quillas de las naves modernas los hielos seculares que aprisionan ambos extremos del eje de la Tierra; pero el nuevo rumbo dado á las exploraciones retardaría el cabal conocimiento del mundo americano, si hubieran de completarlo los exploradores europeos.

«Afortunadamente en las repúblicas americanas hay hombres distinguidos y viajeros esforzados, que, unos por cuenta propia, y otros con la protección de sus gobiernos, darán cima á la empresa de Colón, no terminada en cuatro siglos.

«Entre los países que se esfuerzan por terminar su obra, figura en primer término la República Argentina. Su gobierno ha comprendido las dificultades con que lucha un explorador aislado, aunque sea un geógrafo eminente, aunque reuna las condiciones más excepcionales de iniciativa y saber, de carácter y energía. Por eso, no contentándose con prestar auxilio al argentino Moreno, al francés Crèveaux y á algunos más, ha resuelto destinar sus elementos propios, navales y militares, á la exploración y reconocimiento de sus costas y sus rios, al levantamiento de cartas hidrográficas, al estudio de la Patagonia, á la colonización del Chaco y al descubrimiento de los desfiladeros practicables de la cordillera andina. La Geografía, todas las ciencias, deben gratitud á la gran República del

Plata. Y al distraer sus barcos y su ejército de la que todavía se considera su principal mision, presta un doble servicio á la causa de la humanidad.

«Por otra parte, su ejército y su marina pierden poco y ganan mucho al consagrarse á empresas civilizadoras. Las exploraciones ilustran al oficial y acostumburan al soldado á las privaciones de la guerra. Sus campañas son tan gloriosas como las que emprendieran contra sus vecinos y mucho más fecundas que los pronunciamientos engendrados por la ociosidad y el descontento.

»Esperemos que un día, y ojalá sea pronto, secunden á la Argentina las demás naciones sur-americanas. Al encontrarse en las crestas de los Andes los ejércitos exploradores de la Argentina y Chile, ó en los afluentes del Amazónas los monitores brasileños y los soldados bolivianos, despues de haber recorrido unos y otros los vastos desiertos que los separan y las selvas aún desconocidas; al comunicarse los resultados de sus conquistas pacíficas alcanzadas con instrumentos geodésicos y no con ametralladoras, con la brújula y el teodolito y no con espadas y machetes, con telescopios y con microscopios y no con carabinas ó lanzas; en ese día, verdaderamente glorioso para América, habrán merecido bien los sur-americanos de su patria y de su siglo.

»Pero no basta descubrir terrenos incultos ó sendas olvidadas: es preciso colonizar los desiertos, y trazar caminos, y fundar poblaciones que hagan imposible todo retroceso. Así lo ha comprendido tambien la República Argentina, que va multiplicando sus colonias en el desierto del Chaco, aumentando sus ferrocarriles donde son deficientes las comunicaciones fluviales, construyendo faros en las solitarias costas y avanzando sus

líneas segun lo van exigiendo las nuevas colonias que se están fundando.

*
* *

»Una de las colonias argentinas más florecientes del Chaco, es la de Ocampo, en el río Paraná. Sus progresos no pueden ser más notorios.

»Una comunicación datada allí, dice lo siguiente: «Estamos colocando con toda actividad el ferrocarril; el silbato de la locomotora se hará oír en breve en este desierto, y alejará á los bárbaros, implantando la civilización y el progreso. Los cañaverales están hermosísimos; estamos cortando y aumentando las plantaciones. En breve tendremos 500 hectáreas de caña, plantada con semilla de Tucuman. Las maquinarias del ingénio principian á colocarse, y el movimiento y animación que imprimen estos trabajos en la colonia, es extraordinario y verdaderamente halagüeño.»

»Un ejército argentino que operaba en persecución de los salvajes, descubrió no hace mucho el puerto de *Bariloche*, paso á través de los Andes perdido hacía mucho tiempo.

»Este paso es, de todos los de la cordillera, no solo el mejor, sino el único que sirve para el tránsito de rodados: él abre para la República Argentina el más fácil de todos los medios de comunicación con Chile, y estaba reservado al ejército argentino arrancar el secreto de su existencia al salvaje que durante todo un siglo lo ha poseído.

»Este nuevo paso pone el territorio argentino á 25 leguas del Pacífico, y además tiene la ventaja de estar rodeado de ríos navegables en ambos lados de los Andes, de modo que podrán las naves conducir los productos hasta unas pocas leguas del puerto de Valdivia, que pron-

to será la cabecera de uno de los más importantes ferrocarriles de Chile.

»El paso de Bariloche, segun el parte del general Villégas, tiene una milla de ancho y está cubierto de bosque. No ofrece ninguna dificultad para el tránsito de carretas, carros y carruajes.

»Chilenos y argentinos pueden decir: *Ya no hay Andes.*

»El teniente coronel del ejército argentino Don Luis Jorge Fontana, ha dirigido al Instituto Geográfico Argentino la descripción detallada de su expedición reciente al importante río Pilcomayo. De la Memoria escrita por el mencionado jefe, copiamos á continuación los datos que creemos más interesantes:

«El río Pilcomayo tiene su origen en los Andes orientales al noroeste de Potosí, en las cercanías del lago de Poopó, por los grados 18 y 30' de latitud y 69 grados de longitud Oeste de Greenwich.

»Desde aquí empieza á extenderse serpenteando por entre escabrosas serranías hasta aumentar el caudal de sus aguas con el concurso del Cachimayo en los 19° 20' de latitud y del Pilaya que se le reúne á los 20° 15' y 63° 14', río tan importante como el mismo Pilcomayo, pues se forma de muchos afluentes poderosos, como el Tolapampa, el Cotaigata, el Suipacha y otros.

»Así el Pilcomayo recibe un valioso concurso que, al reunírsele, lo impulsa rápidamente hasta la planicie inmensa del Gran Chaco en el grado 21.

»Segun noticias que anteriormente nos dieron los indios maticos, próximamente á esa altura el río se divide en dos brazos, uno oriental y occidental el otro, que, corriendo paralelamente, van á reunirse poco ántes de caer en el río Paraguay.

»Desde el grado citado, el Pilcomayo arrastra silenciosamente sus aguas en un trayecto de más de 300 leguas, forman-

do caprichosas desviaciones al través de una llanura cuya pendiente de N. O. á S. E., rumbo general del río, es apenas apreciable.

»El terreno que recorre carece por completo de accidentes, y su formación de origen terciario, se manifiesta por arena, greda colorada, arcillas y tosca,—precisamente la misma composición geológica que se observa en las riberas occidentales de los ríos Paraná y Paraguay, desde Santa-Fé hasta la Bahía-Negra.

»Estos componentes del suelo se manifiestan á la simple vista en las costas del río, que cuando más tienen siete ú ocho metros de altura, estando cubiertos por una corteza de tierra vegetal, bastante espesa, notándose, por lo general, la greda y la tosca, entremezcladas, separadas en capas superpuestas ó completamente invertidas.

No obstante la horizontalidad y poca elevación del territorio, se observan tres niveles distintos, que son: 1.º terrenos muy bajos, casi constantemente cubiertos por las aguas; 2.º terrenos que se bañan sólo en la época de crecidas extraordinarias ó de grandes lluvias; y 3.º los terrenos secos, libres de inundaciones, pero cuya superficie sólo se levanta á siete metros sobre el nivel normal del río.

»Estas disposiciones naturales del terreno se encuentran también representadas por tres grupos diversos de fauna y flora.

»En los bajos,—vegetación esencialmente acuática, la vida animal se manifiesta en aves de pantano, reptiles, batracios, peces y moluscos. En los intermedios, las mismas plantas y las palmeras, preponderando en infinito número y luego en grupos aislados, algunos árboles corpulentos, pero de maderas blancas y de poca resistencia, entre estos el timbó, el ingá, el laurel y otros menos co-

nocidos, que por su madera pueden rivalizar con el pino.

«Con referencia á los terrenos altos, escusado es decir, que son inmejorables para la cria de ganados y propios para todo género de cultivo. Prueba incontestable de la bondad fertilizante de estas tierras, es la variedad de maderas preciosas y los ricos productos vegetales de otro orden, que naturalmente ofrecen con tanta prodigalidad.

«Allí la naturaleza exploya sus fuerzas con verdadera lujuria: de aquí, que surga la vida por todas partes y se transmita en palpitaciones de amor para perpetuarse, mejorada en los tiempos.

«La feracidad del clima defiende al indio; ella salva con sus dones la industria y la civilización que le faltan.»

Refiriéndose á la situación de la entrada del Pilcomayo así como á las opiniones que los historiadores, geógrafos y viajeros han manifestado sobre el particular, el Comandante Fontana dice:

He navegado por el río Pilcomayo en una extensión, hasta donde nadie alcanzó anteriormente, — más allá del término de Patiño, — y nunca he encontrado río alguno que se desprenda del cauce principal en dirección diversa, y mucho menos al S. E. para ir á parar al río Paraguay.

Semejantes consideraciones, me autorizan á mi entender, para la suposición de que el Pilcomayo arroja sus aguas por una sola boca.

El río de Patiño no existe en la actualidad y si ha existido indudablemente ha dejado de ser. Si esto es cierto, el reverendo Padre navegó por un brazo occidental del Pilcomayo, ó entró tal vez por donde he entrado yo: es decir nueve *millas* y no nueve *leguas* abajo de la Asunción. Entónces tan enojosa cuestión ven-

dría á reducirse á un simple error de cajista, que puso LEGUAS dond  debia decir MILLAS.

Sea por último lo que fuere, resulta que la entrada que he practicado se encuentra situada astronómicamente   los 25°20' de latitud y 57°57" al Oeste del meridiano de Greenwich, declinación de la aguja 9° Este, en la costa Occidental del rio Paraguay, nueve millas al Sur de la Asunción, quedando el Cerro Lambaré 21/2 kilómetros en la dirección N. y   40 leguas geográficas al Norte de Formosa. Tiene un diámetro de 50 metros, y el 31 de Julio último, con una profundidad de 23 piés y velocidad de 1 metro 44 centímetros por segundo, desalojaba 183 metros cúbicos de agua en el mismo espacio de tiempo.

Con el nombre de *las Juntas*, denoto el punto donde las aguas de los brazos occidental y oriental—como arrepentidas de haberse divorciado para correr solitarias tanto tiempo—vuelven á unirse formando una sola artéria mucho más poderosa que en sus  rigenes. Este  ngulo de unión se halla á los 24°47' de latitud y 58°53'45" de longitud Oeste del meridiano de Greenwich, declinación de la aguja 10°1/2 Este y   5 kilómetros al S., 68 al O. de la Laguna de las P lmas, distando 21 leguas en línea recta y 51 de camino por el cauce, desde su desembocadura en el gran rio Paraguay.

All  el rio, ántes de la bifurcación mide unos 40 metros de ancho y su profundidad en la mañana del 8 de Agosto era de 20 piés, corriendo el agua un metro 48 centímetros por segundo.

El brazo oriental ofrecia un diámetro de 23 metros, 18 piés de profundidad y 1 metro 30 centímetros de corriente, mientras que el brazo occidental era 7 metros más ancho y su corriente de 1 metro 60 centímetros.

Poco ántes de llegar á las "Juntas" me

habia sorprendido la presencia de aquella laguna tan extensa como hermosa, cuando en la tarde del dia mencionado advertí el encuentro inesperado de ambos rios. Era en realidad de sorprender, puesto que ninguna relación anterior mencionaba un hecho de tanta importancia con relacion   la geografía argentina, y particularmente al estudio del Pilcomayo.

 Cu l era pues, el verdadero cauce?  Por cual de los rios debiamos remontar?

La contestación resultaba imposible: mand  dar fondo, dormimos poco durante la noche; y   la madrugada siguiente, esperada con el af n que es de suponer, emprendí el reconocimiento de ambos rios.

Era ello lo más prudente, ántes de atreverme   dar un paso decisivo en que se comprometieran los intereses de la difícil comisión que se me habia confiado. Los dias 9, 10 y 11 se emplearon por completo en reconocimientos.

A las 9 a. m. del 12 de Agosto, con la chalupa de vapor "Laura Leona," dos canoas y quince hombres, entre oficiales y soldados, penetr  resueltamente por el brazo oriental.

Procurar  dar una idea del movimiento de las aguas en aquella región, sirviéndome para el caso de los vestigios que ellas mismas han dejado.

En el tallo de los árboles que se encuentran en los puntos más bajos de las costas del Pilcomayo, son de advertir   primera vista dos señales diferentes, dejadas por inundaciones anteriores: una más alta que la otra y que cualquier ojo experimentado no puede confundir, revelando de una manera clarisima la altura   que alcanzaron las aguas en crecidas diversas.

La primera línea de inundación superior se halla en la desembocadura,   2 metros 48 centímetros sobre la segunda:

esta diferencia se reduce en *las Juntas* á 1 metro 85 centímetros.—Me parece lógico suponer que el nivel superior corresponde á la creciente extraordinaria del año 78, en que los rios Paraguay y Paraná se desbordaron, anegando los campos de tal manera, que el hecho causó asombro inusitado. Así los naturales como los antiguos habitantes del Paraguay y de Corriéntes no recuerdan otra avenida igual en el presente siglo.

La influencia de esta subida anormal en las aguas alcanzó á más de veinte leguas en dirección al interior del Chaco, cubriendo la cuenca del Bermejo y del Pilcomayo en mayor extensión.

La segunda marca más visible, y por lo tanto mucho más reciente—la encontramos sólo á tres metros sobre el nivel del rio, tanto en la desembocadura como en *Las Juntas*, en los días de mayor descenso que tuvimos.

Parece ser que es esta la señal propia de las crecidas del Pilcomayo y viene á dar una idea de sus inundaciones frecuentes, en las cuales, la superficie de us aguas se eleva y extiende en los terrenos de ambas márgenes.

Es de suponer, igualmente, que estas crecientes tienen lugar cada tres ó cuatro años y que son producidas por su coincidencia en el deshielo demasiado rápido con las lluvias torrenciales que á veces se observan en las regiones del Norte.

Estas tales inundaciones, propias del Pilcomayo, no tienen la menor relación con las otras, debidas á influencias del Paraguay y sus numerosos afluentes, no debiendo tampoco confundirse con el movimiento periódico y regular de sus aguas. Como se comprende, concurren á ello diversas causas que es preciso estudiar, y no me atrevo á asegurar nada de definitivo en este punto, por el poco tiempo que he permanecido allí, y más toda-

vía, si se tiene en cuenta que llegué en la época de mayor descenso. No era pues de extrañarse, que estando á 31 de Agosto, el rio en esa parte, no ofreciera paso.

Lo repito: era inútil continuar. Á la una p. m. arbolé la bandera nacional que el comandante Iturrieta, de la cañonera *República*, me había dado con ese objeto, para cuando llegáramos al límite postrero de arriba. En seguida aseguré con doce tornillos, en el tronco de un robusto guayacan, la plancha de bronce que de antemano tenía grabada con esta inscripción: EXPEDICIÓN FONTANA—AGOSTO 31 DE 1882.

Después... después regresé á las embarcaciones y aunque la emoción me arrancó una lágrima, bien pronto la enjugó el consuelo que me prestó el firme propósito de volver algún día para contemplar de nuevo aquella muestra indeleble de nuestros afanes en favor del progreso intelectual y material de la patria, y arrancarla con ímpetu febril y llevándola cien leguas más arriba... al puerto de *Omiste* ó á los muros del convento de San Francisco Solano.

Mi viaje de ascensión al rio Pilcomayo, había terminado después de no pequeñas ni escasas dificultades,—sin encontrar los restos del malogrado Creveaux ni alcanzar á las primeras poblaciones de Bolivia.

Resultaba, pues, que habíamos llegado hasta la línea del trópico, más al Norte de Jujuy, por la altura de Oran, 23° 12' de latitud, situación aproximada obtenida con auxilio de la brújula y por la determinación del tiempo en relación á la marcha de las embarcaciones y la corriente del agua, que observáramos frecuentemente, pues desde el día 18 en que se tomó la altura ya indicada (24° 21' 17") hasta el 31 de Agosto, nos había sido imposible obtener resultado alguno provechoso.

Desde *las Juntas* hasta el punto más elevado, el trayecto es de 32 leguas en línea recta y de 130 por el río, aumentando la proporción de una á cuatro leguas.

El Pilcomayo es uno de los ríos más tortuosos del mundo, puesto que atraviesa una región casi llana y cubierta de bosques.

Encuétrase por lo tanto, que después de haber navegado próximamente unas *doscientas* leguas, siguiendo las sinuosidades del río, y de *cinquenta y tres* en línea recta, hasta donde nunca faltó el agua al calado de nuestras embarcaciones, no obstante la estación que correspondía precisamente al descenso periódico del río.

Con relación á la profundidad, observada minuciosamente durante el viaje y consignada en el «Diario», ofrece, como ya sabéis, variaciones muy notables: correspondiendo esos sondeos á diversos puntos y ocasiones, que cuando el río bajaba con rapidez, hemos creído inútil consignarlas.

En mi concepto, la navegación del río Pilcomayo es una hermosísima verdad, llena de agradables promesas para lo futuro. Falta, es cierto, comprobarla prácticamente, surcándolo en toda su extensión.

No obstante, queda averiguado que todo el trayecto argentino que recorre hasta llegar á «*las Juntas*», es perfectamente viable en todas épocas. Esto solo es de una importancia trascendental, porque esas tierras son inmejorables, y creando allí algunas colonias, la población alcanzaría muy en breve una densidad que tal vez excedería á todo cálculo del presente: promete semejantes resultados la exuberante riqueza natural de dicha región.

*
**

Para poner á salvo de las asechanzas del salvaje á los primeros colonos, bastaría situar una pequeña guardia militar en el *Fortín General Viejobueno*, punto sumamente estratégico.

Pero en mi opinión, el verdadero patriotismo aconseja no darse por satisfecho con lo que se ha conseguido.

El río Pilcomayo, aparte del interés geográfico, tiene á más, los caracteres político y económico.

El primero se relaciona con nuestros límites internacionales con el Paraguay y Bolivia. Es, por lo tanto, acto de previsión, estudiar con tiempo ese río, porque, como he tenido el honor de advertir, esta vía fluvial es de las más tortuosas que se conocen en la geografía terrestre.

El límite es el río Pilcomayo, pero la tierra que nos pertenece solo llegaremos á conocerla cuando se haya estudiado detenidamente y con todo el cuidado científico; determinando las situaciones del verdadero cauce.

El carácter económico es, si cabe, el más importante de todos.

Bolivia está, puede decirse, aislada del mundo. Abriéndole la puerta del Pilcomayo, la invitaríamos á sentarse en el banquete que las naciones civilizadas preparan día por día con el sudor de sus rostros, y este servicio nos lo pagaría ella con creces, haciendo ingresar anualmente en el tesoro de nuestras aduanas algunos millones de duros.

No cabe aquí la más mínima exageración.

El costo de transporte vendría á reducirse por lo menos, de un 300 por o/o.

Quiero consignar uno de los datos entre muchos que podría ofreceros.

Lo tomo de un libro del distinguido publicista Dr. D. Santiago V. Guzman: «Necesitando el Gobierno de Bolivia 600 rollos de alambre para la prolonga-

ción de una red telegráfica de Tupiza á Potosí, los compró á Buenos Aires por la cantidad de 4000 duros y la conducción solamente hasta el punto de destino, alcanzó la enorme suma de 22,000 patacones. »

El hecho no necesita comentarios.

La vía argentina por tierra, es demasiado dispendiosa para Bolivia.

Si abandonamos la idea de navegar el Pilcomayo, buscaría su legítima expansión al aislamiento que la ahoga, por el Amazonas ó el Pacífico, concurriendo de esta manera al acrecentamiento de la riqueza pública del Brasil, Chile ó el Perú.

Siete meses en cada período anual, es en mi concepto navegable el rio Pilcomayo en toda su vasta extensión: en ese lapso de tiempo se pueden abastecer las plazas de Bolivia para todas las necesidades del año.

¡Cuántas ventajas no traería esta conquista para la República Argentina!

Las tierras de su propiedad que baña el Pilcomayo acrecentarían notablemente su valor, y con el intercambio de mercaderías y productos, la prosperidad sonreiría á ambos pueblos: algo más, porque el comercio es el heraldo avanzado de la democracia,—con él se estrechan los vínculos humanos, nace la fraternidad y van y vienen las ideas.

Ahora que conozco la ley que preside á la elevación y descenso de las aguas en este rio, tengo completa seguridad de llegar hasta Bolivia, si el Exmo. Gobierno Nacional me hace el honor de comisionarme con ese objeto en Enero próximo.

Por otra parte, estas expediciones,—que no es á mí seguramente á quien incumbe proclamar la alta importancia que entrañan,—no irrogan gastos extraordinarios de ninguna clase, por hacerse con elementos permanentes que tiene la Nación á su servicio.

Habiendo recorrido doscientas leguas por el rio y durado 64 dias mi comisión, sólo se ha gastado *novecientos cincuenta y dos pesos papel moneda de Buenos Aires.* »

VI.

PROGRESOS GEOGRÁFICOS: ESTRECHO DE MAGALLÁNES; LA NAO DE ACAPULCO. CANALES DE PANAMÁ Y DE LA FLORIDA.—GUERRAS FUTURAS.—TRATADOS Y FRONTERAS.

El cabo de Hórnos, ese gigante Adamastor no ménos temible que el de las Tormentas, aún no ha tenido un Camoens que lo cante; pero sí ha presenciado naufragios numerosos, de muchos de los cuales no hay la menor noticia ¡Quién sabe los dramas que desde el descubrimiento ha presenciado el temido promontorio! ¡Quién podrá enumerar las víctimas devoradas por los torbellinos de las corrientes australes!

El cabo de Buena Esperanza, doblado en el siglo xv por los valerosos portugueses y cantado por su inmortal poeta, no avanza tanto hácia el sur como el de Hórnos; su navegación con ser difícil no lo es tanto como la del cabo meridional de América; su temperatura es mucho más benigna. Pero ha sido mayor la celebridad del épico Tormentario, por haber sido descubierto nuevamente, por el poema que lo inmortalizó y porque hasta nuestros días ha sido el derrotero frecuentado y único de los navegantes que dirigian sus proas al extremo Oriente.

El cabo de Hórnos fué descubierto en 1578 por O. Drake; el primer marino que lo remontó fué el holandés Schuten (en 1616). Este último le dió el nombre

de su villa natal, que todavía conserva, aunque españolizado. Pero ya Magallanes había descubierto en 1520 el famoso estrecho de su nombre, y los navegantes que á la sazón y posteriormente exploraron el Pacífico, los viajeros que iban de Europa á las costas del Perú, los frailes y soldados que mandaba España á Filipinas, léjos de remontar el cabo de Hórnos, se dirigían al cabo de Buena Esperanza, ó pasaban el estrecho de Magallanes, que era lo más generalizado, ó atravesaban por tierra el istmo de Panamá. Todo esto ha contribuido á que el cabo de Hórnos resultase ménos célebre que el de Buena Esperanza.

Ya que he citado á los españoles que su gobierno destinaba á las islas Filipinas, recordaré que todavía en el siglo XVIII hacian el viaje embarcándose en España para Vera Cruz, recorriendo desde el océano Atlántico al Grande Océano todo el vireinato mejicano y tomando pasaje para Filipinas en la *Nao de Aca-pulco*; el viaje anual de dicho buque era el mejor medio, si no el único, de efectuar en ocho meses el viaje que ahora se realiza en treinta y cinco días.

Considerar lo que era entónces un viaje á través del Atlántico, prolongado de un litoral á otro de América y seguido por el Pacífico en las antiguas embarcaciones de vela, se comprende desde lue-

go lo mucho que debemos á los progresos de la geografía. El descubrimiento del cabo de Buena Esperanza había sido un fausto acontecimiento para el comercio y la navegación; al descubrirse el estrecho de Magallanes fué la realización de un gran progreso; de la *nao de Aca-pulco* á los vapores que surcan el canal de Suez existe una distancia inmensa. Pero el genio del hombre no reconoce límites; la utopia de un dia es al siguiente un axioma; la naturaleza está vencida. Por eso en la actualidad prosiguen activamente las obras del canal de Panamá, canal que ha de ser fecundo, se prepara el canal de la Florida y se proyectan otros en América, del Atlántico al Pacífico, sin contar las comunicaciones que se buscan desde el Perú, del Ecuador y Bolivia hasta el océano Atlántico por medio de los afluentes del Plata como del Amazónas.

Ocupémonos brevemente del canal de Panamá:

Un notable estadista, Mullall, ha publicado un folleto intitulado *The balance sheet of the world*. «Balance del mundo», en el que hace un cálculo de los progresos realizados por las diversas naciones del globo en el decenio de 1870-1880.

En este período, segun el autor, han aumentado:

La población en general.	9,76	por 100
La agricultura en »	8,58	—
Las manufacturas en »	18,60	—
El comercio en »	38,20	—
La industria minera »	47,06	—
La riqueza pública en »	10,56	—
Los transportes en »	53,22	—

Consigna Mullall que el secreto de la prosperidad de las naciones está en el desarrollo de los transportes así por tierra como por mar, como tambien en la

facilidad de relaciones que resultan de ellos entre el productor y el consumidor.

Los hechos han venido ha demostrar la exactitud del aserto. Si el desenvolvi-

miento de los transportes no trajera consigo el crecimiento seguro de la prosperidad general, no darian tan grandes resultados empresas de la magnitud de las de los canales de Suez y Panamá.

Fundándose en el cálculo de Mullall, se puede ver cuanto habría aumentado el tráfico si el canal empezado estuviera concluido.

Pero es suficiente considerar la progresión constante del tráfico mercantil por el canal de Suez, para imaginar á donde podrá llegar el movimiento comercial del canal de Panamá.

En efecto, el movimiento marítimo del canal de Suez ha venido aumentando en constante progresión:

He aquí el decenio de 1872-1882.

1872..	1 082 buques.
1873..	1.173 —
1874..	1.264 —
1875..	1 494 —
1876..	1.547 —
1877..	1.663 —
1878..	1.593 —
1879..	1 477 —
1880..	2.026 —
1881..	2 727 —
1882..	3.198 —

Las toneladas aumentaron proporcionalmente, desde un millon largo en 1872 á más de siete millones en 1882.

Si el tráfico por Suez ha quintuplicado en un decenio, debe esperarse que por Panamá sucederá otro tanto. Grande es el comercio de Europa con la India, la Indo-China, China y Australia; pero no es menor el que prometen las jóvenes repúblicas del litoral del Pacífico, la mayor parte de las cuales surtirán á Europa de los productos que hoy vienen del Asia Oriental, del África Austral y de Oceanía. Los beneficios que ha de producir el canal panameño al comercio universal, excederán á no dudarlo á todas las espe-

ranzas y á todos los cálculos, como á todas las previsiones.

Del canal proyectado por Tehuantepec, de cuantos se proyectan entre el océano Atlántico y el mar Pacífico, sólo diremos que pueden realizarse y ciertamente se realizarán sin perjuicio ni menoscabo alguno para el que está en construcción. Habrá de suceder más tarde ó más temprano en Panamá, lo que está sucediendo en Suez en el tiempo en que escribimos. Los ingleses, que tanto se opusieron á la apertura de una comunicación entre el Mediterráneo y el mar Rojo, han sido los primeros en aprovecharla, son los que más la utilizan y han palpado tanto sus ventajas comerciales y estratégicas que intentan la apertura de otro canal en el istmo de los Faraones, es decir, donde hace veinte años no querían ninguno.

Los norte americanos imitando á los ingleses, se opusieron al principio á la construcción del canal de Panamá. Sin embargo, ninguna nación resultará más favorecida que los Estados Unidos por la apertura de un paso que aproxima sus puertos del Atlántico á los propios y ajenos del Pacífico. La obra americana de Lesseps será tan útil á los norte americanos, como su obra oriental lo ha sido á los ingleses, así por sus intereses mercantiles como por los militares.

Y tanto han comprendido los americanos las ventajas que para ellos han de resultar acercando su litoral del Atlántico á sus costas del Pacífico, que aún pretenden acortar más las distancias.

Y realmente se proponen construir un canal de navegación á través de la Florida, con lo que Boston, Nueva York, Filadelfia y toda la costa oriental de la República, abreviará los derroteros de sus naves que se dirijan al mar de las Antillas y Seno mejicano, multiplicando

por consiguiente sus facilidades de comunicación.

Existe ya la compañía del canal de la Florida; la concesión contiene la cláusula de que las obras se empezarán en 1884, la de que el canal tendrá 100 piés de anchura mínima, y la de que debe atravesar la Florida desde un punto de la costa del Atlántico entre la bahía de Fernandina y la de San Agustín, y que desde allí por la ruta más fácil, á juicio de la compañía, cruce la península, yendo á terminar en el golfo de Méjico por un punto situado entre Apalache y la bahía de Tampa.

Si los canales en construcción ó en estudio, como todas las obras de su clase, redundan en provecho de la civilización, no están empero desprovistas de dificultades. Son á la vez, garantía de fraternidad en el porvenir más ó menos lejano que manzana de discordia en el presente.

El canal internacional de Suez que sólo cuenta de existencia unos quince años, se ha ensangrentado ya. Idénticos peligros amenazan al no terminado canal de Panamá. Algo hemos indicado anteriormente de la oposición que se hizo en Washington á su construcción, y debemos añadir que no han terminado todavía las dificultades internacionales. La generalidad de las guerras que surgen entre las naciones, sea cualquiera la causa determinante, reconocen por origen el afán de poseer alguna línea fluvial, una frontera, ya histórica, ya estratégica, una vía de comunicación más ó menos disputada.

Así, pues, no vacilamos en consignar que cuantas guerras futuras estallen en América, por más que se clasifiquen de exigencias de la dignidad de alguna nación por la política absorbente de otra ó por la demarcación de límites entre países que tienen más territorios de los que pueden poblar en muchos siglos, serán en realidad ocasionadas por la posesión de una

ó de ambas orillas de las vías geográficas de comunicación. Es probable, desgraciadamente, que á la sangre vertida por la humanidad en las márgenes del Rhin y del Danubio, á la que ha de verterse, todavía por los pueblos y razas que se disputan hace siglos estos rios de Europa, se agregue tarde ó temprano la que ha de correr en las hermosas orillas del Paraná y el Pilcomayo, en las del Uruguay ó el Amazonas, en el estrecho de Magallanes ó en el canal de Lesseps.

¡Ojalá pudieran impedirse las luchas que anunciamos, teniendo en cuenta las observaciones del escritor neo-latino S.^r Tórres Caicedo!

«Ante todo, dice, ¿qué es la doctrina de Monroë? No es artículo constitucional, ni cláusula de tratado, ni dogma político. Europa estaba dirigida por los políticos y diplomáticos de la Santa Alianza que intentaban ahogar todo movimiento liberal en el antiguo mundo, cuando lord Canning sugirió á M. Adams, ministro de los Estados Unidos en Lóndres, la idea de que la gran República proclamara esta máxima:

«*América para los americanos.*» Su intención era salvar la libertad en el mundo. M. Adams á su vez sugirió la idea al presidente Monroë que la consignó en un mensaje.

Las Repúblicas de la América latina que no han otorgado plenos poderes á la Unión Norte-americana para representarlas, que son independientes y soberanas, si aceptan la doctrina de Monroë es con esta condición importante, *sine qua non*:

Europa no intervendrá en los negocios de la América latina; pero la América anglo-sajona tampoco intervendrá.»

Y más adelante agrega, á propósito del canal de Panamá:

«Hacia 1868, el gobierno de los Estados Unidos propuso á los Estados Uni-



dos de Colombia un proyecto de tratado para la escavación del canal. La obra debía llevarse á cabo por el gobierno norteamericano, ó al ménos la empresa explotadora debía ponerse bajo su dirección oficial.

Los Estados Unidos se reservaban poca cosa: el derecho de fijar las tarifas. Y aún se dice que proponían la construcción de ocho fuertes, cuatro para Colombia y cuatro para ellos, lo que venía á ser ocho fuertes para ellos. Es decir, que de un instrumento de paz y de progreso, como debe serlo todo canal, se quería fraguar una terrible arma de guerra, poniendo bajo su tutela el comercio universal.

Sería largo referir cómo y por qué el proyecto fracasó; esto será en su día una página de la historia de la diplomacia. Puede ser que entonces se conozcan las notas que el ministro de Colombia dirigió acerca el asunto á lord Clarendon, á lord Stanley y al marqués de la Valette.

Después de negociaciones más ó ménos tirantes y siempre laboriosas, el tratado fué modificado por el Congreso de Colombia; pero el de los Estados Unidos no aprobó las modificaciones. Es de advertir que entre las modificaciones aceptadas por el gobierno de los Estados Unidos figuraba, si mal no recuerdo, la cláusula siguiente: «Colombia y los Estados Unidos solicitarán de las potencias europeas que se asocien al gobierno de los Estados Unidos para garantizar la neutralidad del istmo de Panamá y la soberanía de Colombia sobre el istmo.» La inserción de tal artículo es una refutación anticipada de la nueva teoría, contraria, en su esencia, al derecho de gentes del gobierno de los Estados Unidos que aspira á poseer el derecho exclusivo de garantizar dicha neutralidad.

El canal de Panamá es en la actualidad mercantilmente hablando, propiedad de

una compañía autorizada legalmente para abrirlo, cuyos derechos y deberes tienen su origen en la concesión otorgada por el soberano que tiene derecho á concederla, es decir, los Estados Unidos de Colombia. Nadie, ni aún este soberano, tiene derecho á alterar las cláusulas del contrato.

Pero los derechos inmanentes de Colombia y del comercio universal son indudablemente superiores á dicha concesión. El canal es, y debe ser, un nuevo instrumento de progreso, y por consiguiente, de paz; un nuevo lazo de unión entre los pueblos civilizados, como una nueva conquista de la civilización. Todo el que le niegue el carácter de internacionalidad absoluta, todo lo que tienda á hacerlo centro de una dominación militar, todo cuanto contribuya á dar á una nación poderosa el derecho de fijar las tarifas, todo ello repetimos, tiende á convertir un instrumento de paz y de progreso en terrible arma de guerra, en un medio de dominación para el exclusivo provecho de un Estado; esto sería pretender imponerse al comercio de todo el universo.

Además, los Estados Unidos no podrían abrigar semejantes pretensiones sin la violación de sus propios antecedentes, que tanto han contribuido á darles su renombre de nación civilizada, liberal y progresista.

*
* *

No es preciso discutir la teoría que atribuye únicamente á los Estados Unidos el derecho de garantizar la neutralidad: en principio, porque los Estados Unidos de Colombia, siendo como son independientes y soberanos, tienen perfecto derecho á buscar donde quieran esta garantía; porque los mismos Esta-

dos Unidos en 1868 admitieron el expresado principio; porque así se ha practicado para que la neutralidad de Suiza, de Bélgica, y del Luxemburgo, se encuentre garantida por gran número de potencias; sin que ninguna de ellas haya pretendido poseer este derecho exclusivo. Cuantos más garantes haya, ménos probabilidades existen de que pueda ser violada la cosa garantida. Si los Estados Unidos alegan que á ellos pertenece de derecho porque son los más interesados en el tráfico del canal, el mismo alegato prueba que no deben constituirse en reguladores de este tráfico ni convertirse en dominadores del canal. Al contrario, deben hacer lo posible porque el canal sea absolutamente libre para todos, á fin de gozar en paz de todas las ventajas que la libertad engendraria para su comercio, facilitando á todos la navegación y los transportes.

La neutralidad garantida por todos, es la paz solemnemente afirmada, es el peligro alejado para siempre.

*
* *

¡No abrigamos ni aún remotamente el pensamiento impío de sublevar á los Estados latino-americanos contra una República tan grande, tan liberal y progresista!

No, el medio de llamar al terreno del derecho á la nación más poderosa de Ultramar, el medio de advertirle que se aparta de sus honrosos precedentes, el medio de salvar á todo el mundo es fácil y pacífico: que las grandes potencias como los Estados secundarios celebren una convención con los Estados Unidos de Colombia para garantir la neutralidad del istmo de Panamá y la soberanía de Colombia en el istmo. Esto sería una solución diplomática ajustada á los princi-

pios y á los intereses de todos y como también á los precedentes de los Estados Unidos.

Ilustres norte americanos piensan en realidad como nosotros. En los Estados se han dado irrefutables pruebas de honradez política, y muchas veces, cuando la justicia iba á ser violada, se han pronunciado por la justicia contra sus propios intereses. Es preciso tener muy presente lo que hizo veinte años há la comisión reunida en Nueva York para estudiar ciertas reclamaciones exageradas de ciudadanos norte americanos contra el gobierno del Paraguay. El honorable presidente de la comisión declaró: «que el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos son demasiado honrados para procurar fortunas orientales á sus conciudadanos con detrimento de la justicia.» Como este hay otros ejemplos que ponen de relieve los sentimientos elevados que animan á los americanos anglo-sajones.

Pero es menester que la América latina concorra á tiempo. No debe permitir que pasen sin protesta doctrinas que vienen á ser una amenaza para su independencia, y un insulto para su dignidad. Que no pierda de vista lo que puede suceder más tarde; hoy cuentan los Estados Unidos 50 millones de habitantes y ántes de 30 años contarán 100 millones; entónces querrán poner en práctica las teorías del «*Destino manifesto*.» Así, pues, que estas repúblicas levanten su voz, para defender sus derechos; que se unan sus 40 millones de latino-americanos, no para amenazar, si no para colocarse á la defensiva; que trabajen para que la América latina sea una sin dejar de ser múltiple; que procuren la union (no la unificación) para todo lo que se relacione con los intereses permanentes, dejando á cada cual el cuidado de su manera de ser en lo interior, pero echando los cimien-

tos de una vasta Confederación que sostenga su vida y el triunfo pacífico de la razón. Semejante unión afirmaría el equilibrio universal. Unidas las Repúblicas latino-americanas que tienen tan brillante porvenir, asegurada la paz interior en cada una y contribuyendo todas al desarrollo de su riqueza, podrán decir á los Estados Unidos y á las naciones todas:

«Somos, seremos, y nos haremos respetar. Recibirémos á todos como hermanos sin conceder privilegios á ninguno; mantendremos relaciones amistosas y comerciales con todo el mundo y observaremos religiosamente los tratados; pero no consentiremos señores, vengan de un imperio, de una monarquía ó de una república. Nuestra divisa es «Libertad, Orden, Progreso, Fraternidad.» En cuanto á los Estados Unidos, que habitan el mismo continente, que se rigen por la misma forma de gobierno, con los cuales nuestras relaciones son cada día más frecuentes, los consideramos como nuestros hermanos mayores, como nuestros leales consejeros, y como nuestros mejores amigos.

Se habla de la reunión de un Congreso de todas las Repúblicas latino-americanas en Washington. Nosotros tenemos para salvaguardia de nuestra independencia los brazos de nuestros conciudadanos. Se ha visto que en el Plata y en Méjico han sido rechazadas y vencidas las intervenciones más poderosas. Pero no introduzcamos el caballo griego bajo los muros de Troya. Congresos para la Unión latino-americana tantos cuantos se quiera: la idea de la Unión ha de ser en lo futuro un hecho histórico; pero que estos Congresos se reúnan en territorio latino-americano para buscar los medios de resistir, de unirnos y de hacer frente á todos los que, europeos ó americanos, tengan la pretensión de subyugarlos.

En cuanto á la vieja Europa, es evi-

dente que son exagerados los temores indicados por el Sr. Caicedo. Todas las potencias del antiguo continente coligadas contra la mas diminuta de las naciones de América, serian impotentes para arrebatarle su independencia y su significación. Podrían, sí, bombardear sus puertos, ocupar alguna de sus plazas marítimas y perjudicar su comercio, pero el perjuicio resultaría más considerable para Europa. En el interior del continente, sólo dominarían los europeos el terreno que pisaran y aun ello á costa de sangrientos sacrificios. Las guerras de América no se parecen en nada á las de Europa. Allí no encontrará jamás un invasor ejércitos regulares de millones de hombres como los que actualmente sostiene el mundo antiguo; pero sí guerrilleros indomables, cordilleras infranqueables, desiertos espantosos y una tenacidad superior á todos los desastres y á todas las desdichas. En Europa, excepto España, las naciones vencidas capitulan sin discutir condiciones. En América tampoco las discuten porque no las admiten. El Perú, vencido, arruinado, sin esperanza alguna, siguió combatiendo despues de su derrota.

Pero en cambio son algo más serios los peligros que amenazan á los americanos en la misma América, no solo por los Estados Unidos, sino por las discordias infecundas y los antagonismos que devoran á los sur-americanos. La gran confederación Américo-latina propuesta por el escritor antes citado, sería á no dudar la mejor garantía de todos los derechos.

Recientemente se han evitado con bastante tino guerras entre hermanos que parecían inminentes. La cuestión de fronteras ha estado á punto de producir un sensible rompimiento de hostilidades entre Guatemala y Méjico por una parte, y la Argentina y Chile por la otra.

Más tarde ó más temprano surgirá un *casus belli* entre el Brasil, que cree tener sus límites naturales en el Plata y en el Amazónas, y las dos repúblicas platinas que consideran con razón base indiscutible del derecho internacional americano el *uti possidetis* de 1810.

Los territorios de Méjico reclamados por Guatemala y cuyo dominio ha estado á punto de producir un rompimiento, fueron á la postre renunciados por los guatemaltecos en el año de 1882.

Los límites entre las naciones serán á perpetuidad los siguientes: 1.º La línea media del rio Suchiate, desde un punto situado en el mar, á tres leguas de su desembocadura, rio arriba, por su canal más profundo, hasta el punto en que el mismo rio corte el plano vertical que pase por el punto más elevado del volcan de Tacaná y diste veinticinco metros del pilar más austral de la garita de Talquian, de manera que esta garita quede en territorio de Guatemala; 2.º la línea determinada por el plano vertical definido anteriormente, desde su encuentro con el rio Suchiate hasta su intersección con el plano vertical que pase por las cumbres de Buenavista é Ixbul; 3.º la línea determinada por el plano vertical que pase por las cumbres de Buenavista, fijada ya astronómicamente por la Comisión científica mejicana, y la cumbre del cerro de Ixbul, desde su intersección con la anterior hasta un punto á cuatro kilómetros adelante del mismo cerro; 4.º el paralelo de latitud que pasa por este último punto, desde él, rumbo al Oriente, hasta encontrar el canal más profundo del Usumacinta, ó del Chixoy en el caso de que el expresado paralelo no encuentre el primero de estos rios; 5.º la línea media del canal más profundo del rio Usumacinta en un caso, ó del Chixoy y luego del Usumacinta, continuando por este, en el otro, desde el encuen-

tro de uno ú otro rio con el paralelo anterior, hasta que el canal más profundo del Usumacinta entre el paralelo situado á veinticinco kilómetros al sur de Tenosique en Tabasco, medidas desde el centro de la plaza de dicho pueblo; 6.º del paralelo de latitud que acaba de referirse, desde su intersección con el canal más profundo del Usumacinta hasta encontrar la meridiana que pasa á la tercera parte de la distancia que hay entre los centros de las plazas de Tenosique y Sacluc, contada dicha tercera parte desde Tenosique; 7.º esta meridiana, desde su intersección con el paralelo anterior hasta la latitud de diez y siete grados cuarenta y nueve minutos ($17^{\circ} 49'$); 8.º el paralelo de diez y siete grados cuarenta y nueve minutos ($17^{\circ} 49'$) desde su intersección con la meridiana anterior indefinidamente hácia el este.

En cuanto á las diferencias, no ménos agrias, no menos largas, entre las repúblicas Chilena y Argentina, tambien se han resuelto por medio del tratado de 1881.

El último tratado de límites entre ambas repúblicas abraza los artículos siguientes:

ART. 1.º El límite entre la República Argentina y Chile es de norte á sud, hasta el paralelo 52° de latitud, la Cordillera de los Ándes. La línea fronteriza correrá en esa extensión por las cumbres más elevadas de dichas Cordilleras que dividan las aguas, y pasará por entre las vertientes que se desprenden á un lado y á otro. Las dificultades que pudiesen suscitarse por la existencia de ciertos valles formados por la bifurcación de la Cordillera y en que no sea clara la línea divisoria de las aguas, serán resueltas amistosamente por dos peritos nombrados uno de cada parte. En caso de no arribar estos á un acuerdo,

será llamado á decidir las un tercer perito nombrado por ambos Gobiernos. De las operaciones que practiquen se levantará un acta en doble ejemplar firmada por los dos peritos en lo que hubieren estado de acuerdo y además por el tercer perito en los puntos resueltos por éste. Esta acta producirá pleno efecto desde que estuviere suscrita por ellos y se considerará firme y validera sin necesidad de otras formalidades ó trámites. Un ejemplar del acta será elevado á cada uno de los Gobiernos.

ART. 2.º En la parte austral del continente y al norte del estrecho de Magallanes, el límite entre los dos países será una línea que partiendo de punta Dungeness se prolongue por tierra hasta monte Dinero; de aquí continuará hácia el Oeste, siguiendo las mayores elevaciones de la cadena de colinas que allí existen hasta tocar en la altura de Monte Aymond. De este punto se prolongará la línea hasta la intersección del meridiano 70º con el paralelo 52º de latitud, y de aquí seguirá hácia el Oeste, coincidiendo con este último paralelo hasta el *Divortia Aquarum* de los Andes. Los territorios que quedan al Norte de dicha línea pertenecerán á la República Argentina, y á Chile los que se extienden al sur sin perjuicio de lo que dispone respecto de la Tierra del Fuego é islas adyacentes el art. 3.º.

ART. 3.º En la Tierra del Fuego se trazará una línea que, partiendo del punto denominado cabo del Espíritu Santo, en la latitud 52º 40' se prolongará hácia el Sur coincidiendo con el meridiano occidental de Greenwich 68º 34' hasta tocar en el canal Beagle.

La Tierra del Fuego; dividida de esta manera, será Chilena en la parte occidental y Argentina en la parte oriental. En cuanto á las islas, pertenecerán á la República Argentina: la isla de los Esta-

dos é islotes próximamente inmediatos á esta, y las demás islas que haya sobre el Atlántico al Oriente de la Tierra del Fuego y costas orientales de la Patagonia, y pertenecerán á Chile todas las islas, al sur del canal de Beagle hasta el cabo de Hórnos y las que haya al occidente de la Tierra del Fuego.

ART. 4.º Los mismos peritos á que se refiere el art. primero fijarán en el terreno las líneas indicadas en los dos artículos anteriores y procederán en la misma forma que allí se determina.

ART. 5.º El estrecho de Magallanes, queda neutralizado á perpetuidad y asegurada la libre navegación para las banderas de todas las naciones. En el interés de asegurar esta libertad y neutralidad no se construirán en las costas fortificaciones ni defensas militares que puedan contrariar ese propósito.

ART. 6. Los Gobiernos de la República Argentina y de Chile ejercerán pleno dominio y á perpetuidad sobre los territorios que respectivamente pertenecen segun el presente arreglo.

Toda cuestión que, por desgracia, surgiere entre ambos países, ya sea con motivo de esta transacción, ya por cualquiera otra causa, será sometida al fallo de una potencia amiga, quedando en todo caso como límite incommovible entre las dos Repúblicas el que se espresa en el presente arreglo.

ART. 7.º Las ratificaciones de este tratado serán canjeadas en el término de 60 dias ó antes si fuese posible, y el canje tendrá lugar en la ciudad de Buenos Aires ó en Santiago de Chile.

En fé de lo cual los plenipotenciarios de la República Argentina y de la República de Chile, firmaron y sellaron con sus respectivos sellos, y por duplicado, el presente tratado en la ciudad de Buenos Aires á los veinte y tres días del mes

de Julio de mil ochocientos ochenta y uno.

*
**

No serán, sin embargo, de tan fácil arreglo, por desgracia, las cuestiones entre la Argentina y el Brasil. Este vastísimo imperio destinado por el porvenir á dividirse en Estados, unidos á lo más por los lazos de la Federación, aspira actualmente á extenderse por el sur hasta las que considera sus fronteras naturales. Más tambien por el norte pudiera servirle de frontera natural el talveg del Amazonas, lo que no le impide poseer extensos territorios al norte del expresado rio. La línea de Guayana es objeto de repetidas cuestiones entre el imperio del Brasil y la República francesa.

Tampoco están bien determinados los límites del Brasil con las repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolívia, como no lo están entre estas cinco repúblicas.

Hállase igualmente pendiente de arreglo definitivo la cuestión de límites entre Colombia y Costa-Rica y entre algunas repúblicas de América Central.

VII

POSESIONES EUROPEAS EN AMÉRICA.—
ISLAS Y ARCHIPIÉLAGOS AMERICANOS.
ANTÍLLAS.

Las dos grandes potencias colonizadoras por excelencia, Inglaterra y España, han poseído durante largo tiempo casi la totalidad de la tierra americana. España conserva únicamente las islas de Cuba y Puerto Rico; pero Inglaterra domina en una inmensa extensión de la América Septentrional, y tiene en la Central y en la Meridional importantes colonias insulares y continentales.

Además de las naciones expresadas hay otras potencias europeas que conservan posesiones en América. Rusia ha cedido á los Estados Unidos el territorio de Alasca, llamado América Rusa; pero Francia y Holanda poseen todavía sus colonias de Guayana y varias islas, sobre todo Francia, en el archipiélago de los Antillas.

Hé aquí el cuadro de las actuales posesiones de Europa en América:

INGLATERRA.

Dominios del Canadá.	} 9.500.000 kilómetros cuadrados	—	—	3.959.000 habitantes	
Isla de Terranova.					
Islas Lucayas.					
Colonia de Beliza.	15.000	—	—	27.000	—
Guayana inglesa.	258.000	—	—	156.000	—
Jamaica.	11.000	—	—	500.000	—
Trinidad.	4.540	—	—	110 000	—
Otras Antillas menores.				300.000	—
Islas Malvinas.		—	—	600	—